

PRIMERA PARTE

PELELIU: UNA BATALLA OLVIDADA

PRÓLOGO A LA PRIMERA PARTE

En la perspectiva global de la segunda guerra mundial, el asalto de la 1.^a División de marines contra la isla de Peleliu en el Pacífico central hace treinta y siete años fue una batalla relativamente menor.

Después de que una guerra concluye, resulta aparentemente fácil establecer qué batallas fueron fundamentales y cuáles no hubiera hecho falta librar.

Así, *a posteriori*, la contribución de Peleliu a la victoria total fue discutible. Además, la propia segunda guerra mundial ha ido cayendo en el olvido ante los combates más recientes en Corea y Vietnam.

Para los hombres de la 1.^a División de marines que llevaron a cabo el ataque contra Peleliu (de los que los más jóvenes ahora tienen alrededor de cincuenta años), no fue en absoluto una batalla menor.

Para aquellos que estuvieron allí, fue un combate sangriento, agotador, doloroso e interminable. Para tratarse de una operación de una sola división, las bajas fueron extraordinariamente numerosas.

Eugene B. Sledge sirvió en la Compañía K del 3.^{er} Batallón del 5.^o de marines a lo largo de toda la batalla. Yo tuve el privilegio de estar al mando de la Compañía I del mismo batallón en la misma época. Su relato me despertó vívidos recuerdos que habían permanecido latentes durante años.

No lean esta narración personal buscando la trascendencia de la batalla ni de una gran estrategia. Más bien léanla por lo que es: el intenso combate desde el punto de vista de un fusilero de ma-

rines en particular. Para aquellos que hayan experimentado la batalla en otro lugar, las similitudes resultarán obvias.

JOHN A. CROWN, teniente coronel
del cuerpo de marines de Estados Unidos
Atlanta, Georgia

CAPÍTULO UNO

LA FORJA DE UN MARINE

Me alisté en el cuerpo de marines el 3 de diciembre de 1942 en Marion, Alabama. En ese momento estaba en mi primer año en el Marion Military Institute. Mis padres y mi hermano Edward me habían pedido con insistencia que me quedara en el colegio para que pudiera ser oficial de alguna arma técnica del ejército de Estados Unidos. Sin embargo, movido por la profunda inquietud de que la guerra terminase antes de que yo pudiera unirme al combate, quise alistarme en el cuerpo de marines lo antes posible. Ed, que se había graduado en el colegio militar The Citadel y era alferez en el ejército, sugirió que tendría mejor vida como oficial. A mamá y papá les angustiaba un poco pensar que formaría parte de los marines como soldado raso, es decir, como «carne de cañón». Así que, cuando un equipo de reclutamiento de los marines llegó al Marion Institute, me inscribí en uno de los programas de adiestramiento de oficiales del cuerpo. Se llamaba V-12.

El sargento de reclutamiento llevaba pantalones azules, una camisa caqui, corbata y gorra de plato blanca. Nunca había visto unos zapatos brillar así. Me hizo muchísimas preguntas y rellenó numerosos documentos oficiales. Cuando me dijo:

«¿Alguna cicatriz, marca de nacimiento u otro rasgo inusual?», describí una cicatriz de dos centímetros y medio en la rodilla derecha.

Indagué el motivo de tal pregunta. Él respondió:

«Para que puedan identificarlo en alguna playa del Pacífico

después de que los japoneses hagan saltar por los aires sus placas de identificación.»

Ésta fue mi introducción al crudo realismo que caracterizaba al cuerpo de marines que después llegué a conocer tan bien.

El año lectivo terminó la última semana de mayo de 1943. Pude pasar el mes de junio en casa, en Mobile, antes de tener que presentarme el 1 de julio en el Georgia Tech, en Atlanta.

Disfruté del viaje de Mobile a Atlanta porque el tren tenía una locomotora a vapor. El humo olía bien y el silbato añadía una lastimera nota que me recordaba una vida sin prisas. Los maleteros se quedaron admirados y se mostraron muy solícitos cuando les dije, con bastante orgullo, que iba de camino a convertirme en marine. Mi vale de comida del cuerpo de marines me proporcionó una ensalada de gambas grande y deliciosa en el vagón restaurante y las miradas de admiración del camarero de servicio.

Al llegar a Atlanta un taxi me depositó en el Georgia Tech, donde los 180 hombres del destacamento de marines vivían en Harrison Dormitory. Estaba previsto que los reclutas asistieran a clases durante todo el año (en mi caso, unos dos años), se graduaran y luego pasaran a la base de la infantería de marina en Quantico, Virginia, para el adiestramiento como oficiales.

Un marine de carrera, el capitán Donald Payzant, estaba al mando. Payzant había servido con la 1.^a División de marines en Guadalcanal. Parecía enorgullecerse de su labor; amaba el cuerpo, era incisivo y estaba lleno de jactancia. Al volver la vista atrás, ahora me doy cuenta de que había sobrevivido a la picadora de carne del combate y que simplemente se alegraba de estar sano y salvo y de tener la suerte de estar destacado en una tranquila base de adiestramiento.

La vida en el Georgia Tech era agradable y cómoda. En resumen, no sabíamos que estábamos en guerra. La mayor parte de las asignaturas eran aburridas y poco estimulantes. A muchos de los profesores les molestaba ostensiblemente nuestra presencia. Resultaba prácticamente imposible concentrarse en los estudios. La mayoría de nosotros opinaba que nos habíamos alistado en los marines para luchar, pero allí éramos estudiantes otra vez. La situación era más de lo que muchos podíamos soportar.

Al final del primer semestre, noventa —la mitad del destacamento— suspendimos para poder entrar en el cuerpo como soldados rasos.

Cuando el oficial de la armada que se ocupaba de los asuntos académicos me llamó para preguntarme por mi bajo rendimiento, le contesté que no me había alistado en el cuerpo de marines para pasarme toda la guerra estudiando. Fue tan comprensivo que llegó a mostrarse paternal y dijo que él opinaría igual si estuviera en mi lugar.

El capitán Payzant nos ofreció un pequeño discurso de ánimo a los noventa delante de la residencia la mañana en la que íbamos a subir al tren que nos llevaría al campamento de adiestramiento en el Marine Corps Recruit Depot en San Diego, California. Nos dijo que éramos los mejores hombres y los mejores marines del destacamento. Aseguró que admiraba nuestro temple por querer participar en la guerra. Creo que fue sincero.

Tras la charla, unos autobuses nos llevaron a la estación de ferrocarril. Cantamos y gritamos entusiasmados todo el camino. Al fin íbamos a la guerra. ¡Si hubiéramos sabido lo que nos aguardaba!

Aproximadamente dos años y medio más tarde, regresé a la estación de ferrocarril de Atlanta de camino a casa. Poco después de bajar del vagón para dar un paseo, un joven soldado de infantería del ejército se acercó a mí y me estrechó la mano. Comentó que se había fijado en mi insignia de la 1.^a División de marines y en las insignias de campaña que llevaba en el pecho y se había preguntado si había luchado en Peleliu. Cuando le contesté que sí, me dijo que simplemente quería expresar su eterna admiración por los hombres de la 1.^a División de marines.

Él había luchado con la 81.^a División de infantería (los Wildcats) que había venido a ayudarnos en Peleliu.¹ Era servidor de

1. La 81.^a División de infantería del ejército de EE.UU. compuso, junto con la 1.^a División de marines, el III Cuerpo anfibio a las órdenes del general de división Roy S. Geiger, USMC. Para la operación de las Palaos, la 1.^a División de marines atacó Peleliu el 15 de septiembre de 1944 mientras que la 81.^a División tomó la isla de Angaur y proporcionó un regimiento como reserva del cuerpo. La 81.^a División relevó a la 1.^a División de marines en Peleliu el 20 de octubre y aseguró la isla el 27 de noviembre.

ametralladora, los disparos japoneses lo habían alcanzado en el cerro Bloody Nose y sus compañeros lo habían abandonado. Sabía que moriría a causa de las heridas o que los japoneses lo harían pedazos cuando cayera la noche. Arriesgando sus vidas, unos marines habían llegado y lo habían puesto a salvo. El soldado dijo que le habían impresionado tanto el coraje, la eficacia y el compañerismo de los marines que vio en Peleliu que juró que le daría las gracias a todos los veteranos de la 1.^a División de marines con los que se encontraba.

Los «latinos» —como nos llamaban a los que nos dirigíamos a San Diego— subimos a un tren militar en una gran estación de Atlanta. Todos estaban muy animados, como si fuéramos rumbo a un picnic en lugar de al campamento de adiestramiento... y a la guerra. El viaje a través del país se prolongó varios días y resultó tranquilo aunque interesante. La mayoría no habíamos ido nunca al Oeste y disfrutamos del paisaje. Rompíamos la monotonía del viaje jugando a las cartas, gastándonos bromas unos a otros y saludando, gritando y silbándoles a todas y cada una de las mujeres que veíamos. A veces comíamos en los vagones restaurante del tren, pero en ciertos lugares el tren pasaba a una vía muerta y comíamos en la cantina de la estación.

Casi todo el tráfico ferroviario con el que nos cruzamos era militar. Vimos largos trenes compuestos casi exclusivamente de vagones abiertos cargados de carros de combate, semiorugas, piezas de artillería, camiones y otro equipo militar. Nos pasaron muchos trenes de tropas en ambas direcciones. La mayoría transportaba soldados del ejército. Este tráfico ferroviario nos recalcó la magnitud del esfuerzo bélico de la nación.

Llegamos a San Diego una mañana temprano. Tras recoger nuestro equipo, formamos filas fuera de los vagones. Un sargento primero llegó e indicó a los suboficiales de nuestro tren en qué autobuses teníamos que subir. A los adolescentes, este sargento primero nos pareció viejo. Al igual que nosotros, iba vestido con un uniforme de marine de lana verde, pero él tenía insignias de campaña en el pecho. También contaba con el *fourragère* francés verde en el hombro izquierdo. (Después, como miembro del 5.º

Regimiento de marines, yo llevaría ese cordón trenzado alrededor del brazo izquierdo con orgullo.) Sin embargo, ese hombre lucía además dos vueltas por fuera del brazo. Eso significaba que había servido con un regimiento (el 5.º o el 6.º de marines) que había recibido la condecoración de Francia por servicios distinguidos en combate durante la primera guerra mundial.

El sargento nos hizo unos breves comentarios acerca del duro adiestramiento al que nos íbamos a enfrentar. Parecía simpático y comprensivo, casi paternal. Su actitud nos dejó una falsa sensación de bienestar y no nos preparó en lo más mínimo para la impresión que nos aguardaba cuando bajamos de aquellos autobuses.

—¡Rompan filas y suban a los autobuses que se les han asignado! —ordenó el sargento primero.

—Muy bien, muchachos. ¡Suban a los autobuses! —gritó el suboficial.

Parecían haberse vuelto más autoritarios según nos acercábamos a San Diego.

Tras recorrer sólo unos cuantos kilómetros, los autobuses se detuvieron en el gran Marine Corps Recruit Depot: el campamento de adiestramiento. Mientras miraba con ansiedad por la ventanilla, vi muchas secciones de reclutas marchando por las calles. Cada instructor bramaba las órdenes con una cadencia muy personal. Los reclutas estaban rígidos como sardinas en lata. Me puse nervioso al ver lo serios —o, más bien, lo asustados— que parecían.

—Muy bien, chicos. ¡Fuera de los malditos autobuses!

Salimos rápidamente, nos pusimos en fila con los hombres de los otros autobuses y nos numeramos en grupos de unos sesenta. Pasaron varios camiones que transportaban destacamentos de trabajo formados por hombres que seguían en el campamento de adiestramiento o que habían terminado hacía poco. Nos miraron con sonrisas de complicidad y se burlaron:

—Os vais a arrepentir.

Ése era el saludo normal y oficioso que se les daba a todos los reclutas.

Poco después de bajar del autobús, un cabo se acercó a mi grupo. Gritó:

—Sección, atención. A la derecha, de frente, huah. Paso ligero, huah.

Nos hizo correr arriba y abajo por las calles durante lo que parecieron horas y por fin nos llevó hasta una hilera doble de barracones que nos alojarían un tiempo. Estábamos sin aliento. Él ni siquiera parecía jadear.

—¡Sección, alto, a la derecha! —Se llevó las manos a las caderas y nos inspeccionó con desprecio—. Son unos imbéciles —gritó. A partir de ese momento intentó demostrarlo cada momento de cada día—. Soy el cabo Doherty, su instructor. Ésta es la Sección 984. Si alguno de ustedes es tan idiota como para pensar que no necesita seguir mis órdenes, que venga aquí y le partiré la cara ahora mismo. Puede que sus almas les pertenezcan a Jesús, pero sus culos les pertenecen a los marines. Son reclutas. No son marines. Quizá no tengan lo que hay que tener para ser marines.

Nadie se atrevió a moverse, casi ni a respirar. Todos recibimos una lección de humildad, porque no había duda de que el instructor hablaba completamente en serio.

El cabo Doherty no era un hombre recio. Medía aproximadamente un metro setenta y siete, probablemente pesara unos setenta kilos y era un hombre musculoso con un pecho prominente y un estómago plano. Tenía los labios finos, una tez rubicunda y era probable que fuera tan irlandés como su nombre. Por su acento calculé que era de Nueva Inglaterra, tal vez de Boston. Tenía los ojos del tono verde más frío y malvado que había visto nunca. Nos fulminó con la mirada como si fuera un lobo que deseara despedazarnos. Me dio la impresión de que la única razón por la que no lo hacía era que el cuerpo de marines quería usarlos como carne de cañón para amortiguar las balas y la metralla de los japoneses, de modo que se pudiera reservar a los auténticos marines para capturar las posiciones niponas.

Ninguno de nosotros dudó nunca que el cabo Doherty fuera estricto y duro de corazón. La mayoría de los marines recuerdan lo fuerte que les chillaban sus instructores, pero Doherty no levantaba demasiado la voz. Él gritaba de un modo glacial y amenazador que nos producía escalofríos. Llegamos a creer que si nos moríamos de miedo por su culpa, los japos no podrían ma-

tarnos. Siempre iba impecable y el uniforme le quedaba tan bien como si se lo hubiera hecho el mejor sastre. Mantenía una postura erguida y su comportamiento reflejaba precisión militar.

La gente se imagina a los instructores con galones de sargento. Doherty nos infundía respeto y nos asustaba tanto que no podría haber resultado más efectivo si hubiera llevado los seis galones de un sargento primero en lugar de los dos de un cabo. Un hecho salió a relucir con toda claridad: ese hombre sería el dueño de nuestros destinos en las semanas venideras.

Doherty casi nunca nos hacía entrenar en la plaza de armas principal, sino que nos hacía marchar o ir a paso ligero hasta un área cerca de la playa de la bahía de San Diego. Allí la arena blanda hacía que caminar resultara agotador. Justo lo que él quería. Durante horas enteras, durante días enteros, nos entrenábamos para arriba y para abajo por la suave arena. Las piernas me dolían muchísimo los primeros días, como le sucedía al resto de la sección. Descubrí que los músculos no me dolían tanto cuando me concentraba en un pliegue del cuello de la camisa o en la gorra del hombre que iba delante de mí o intentaba contar los barcos que había en la bahía. Abandonar la fila por tener las piernas cansadas era algo inconcebible. El remedio habitual para semejante acto de debilidad era ir a paso ligero, sin moverse del sitio, para poner las piernas en forma... antes de que el instructor te humillara y reprendiera delante de toda la sección. Yo prefería el dolor al remedio.

Antes de regresar a la zona de los barracones al final de cada sesión de instrucción, Doherty nos hacía detenernos, le pedía a un hombre su fusil y nos decía que nos demostraría la técnica adecuada de sujetar el fusil mientras nos arrastrábamos. Aunque primero situaba la culata del fusil en la arena, soltaba el arma y la dejaba caer, diciendo que cualquiera que hiciera eso lo lamentaría. Con tantos hombres en la sección, resultaba asombrosa la frecuencia con la que pedía utilizar mi fusil para esa demostración. Luego, tras enseñar cómo sostener el fusil contra el pecho, nos ordenaba que nos arrastráramos. Lógicamente, los hombres de delante lanzaban arena con los pies sobre el fusil del que iba tras él. Con esta y otras muchas técnicas, el instructor se encargaba de que tuviéramos que limpiar los fusiles varias veces al día.

Sin embargo, aprendimos rápido y bien un antiguo lema del cuerpo de marines: «El fusil es el mejor amigo de un marine». Siempre lo tratamos así.

Durante los primeros días, Doherty le hizo una vez una pregunta sobre su fusil a uno de los reclutas. Al responder, el desventurado recluta se refirió a su fusil como «mi artillería». El instructor le dio unas órdenes entre dientes y el recluta se sonrojó. Comenzó a trotar delante de los barracones con una mano en el fusil y la otra en el pene, entonando:

—Éste es mi fusil —mientras alzaba su M1— y ésta es mi artillería —y movía el otro brazo—. Esto es para los japos —sostenía en alto el M1 de nuevo— y esto es para divertirme —levantaba el otro brazo.

Huelga decir que ninguno de nosotros volvió a utilizar nunca la palabra «artillería» a menos que nos refiriéramos a un mortero, una pieza de artillería o un cañón naval.

Un día típico en el campamento de adiestramiento comenzaba con el toque de diana, a las cuatro de la madrugada. Nos lanzábamos de nuestros catres en medio de la fría oscuridad y nos afeitábamos, vestíamos y comíamos a toda prisa. El extenuante día terminaba con el toque de silencio a las diez de la noche. Sin embargo, en cualquier momento entre el toque de silencio y el de diana, el instructor podía hacernos salir para una inspección de fusiles, instrucción en formación cerrada o para correr alrededor de la plaza de armas o por la arena de la bahía. Este hostigamiento en apariencia cruel y sin sentido me resultó muy útil más tarde, cuando descubrí que la guerra no dejaba dormir a nadie, en especial a los soldados de infantería. En combate sólo hay un tipo de sueño: el sueño eterno.

Nos trasladamos a dos o tres áreas de barracones diferentes durante las primeras semanas. El traslado debía hacerse de inmediato. La orden era:

—Sección 984, salgan a paso ligero con los fusiles, el equipo individual completo y los petates con todo el equipo debidamente guardado, y prepárense para partir en diez minutos.

Entonces se produciría un desenfrenado correr mientras los hombres recogían y guardaban su equipo. Cada uno contaba con uno o dos amigos que se unían para ayudarse unos a otros a po-

nerse las mochilas y a echarse los pesados petates sobre los hombros encorvados. Varios hombres de cada barracón se quedaban para limpiar los edificios y la zona de alrededor mientras el resto de la sección se dirigía penosamente llevando sus pesadas cargas hasta los nuevos barracones.

Al llegar al nuevo destino, la sección se detenía, se les asignaba un barracón, rompían filas y guardaba el equipo. Cuando entrábamos en los alojamientos recibíamos órdenes de formar para instrucción con fusiles, cartucheras y bayonetas. La sensación de urgencia y prisa nunca disminuía. Nuestro instructor tenía mucha inventiva para encontrar formas de hostigarnos.

Una de las zonas de barracones en las que nos encontrábamos estaba separada por una alta valla de una fábrica de aviones donde se hacían los grandes bombarderos B-24 «Liberator». También había una pista de aterrizaje y los grandes aviones de cuatro motores iban y venían a poca altura por encima de los techos de los barracones. Una vez uno aterrizó con la panza y atravesó la valla cerca de nuestros alojamientos. Nadie resultó herido, pero varios de nosotros bajamos corriendo a ver el accidente. Cuando regresamos, el cabo Doherty nos pronunció uno de sus mejores discursos acerca de que los reclutas no debían salir nunca del área asignada sin el permiso de su instructor. Todos nos quedamos admirados, sobre todo por la enorme cantidad de flexiones y otros ejercicios que realizamos en lugar de ir a almorzar.

Durante la instrucción en formación cerrada, los hombres bajos lo pasaban muy mal para mantener el paso. Cada sección contaba con sus «pesos pluma»: hombres bajos que avanzaban penosamente con zancadas gigantes a la cola de la formación. Con un metro setenta y cinco, yo me encontraba aproximadamente dos tercios detrás del guía de la Sección 984. Un día mientras regresábamos del curso de bayoneta, perdí el paso y no pude retomar la cadencia. El cabo Doherty marchó a mi lado. Me dijo con su tono gélido:

—Chico, si no coge el paso y lo mantiene, voy a darle una patada tan fuerte en el trasero que van a tener que llevarnos a los dos a la enfermería. Hará falta cirugía mayor para sacarme el pie de su culo.

Con aquellas inspiradoras palabras resonando en mis oídos, retomé la cadencia y nunca más volví a perderla.

El tiempo se volvió bastante frío, sobre todo por la noche. Tenía que taparme con las mantas y el abrigo. Muchos dormíamos con los pantalones de tela vaquera y las sudaderas de la instrucción, además de la ropa interior. Cuando sonaba el toque de diana bastante antes de que amaneciera, sólo teníamos que ponernos las botas de campo antes de formar para el pase de lista.

Cada mañana, tras el pase de lista, corríamos por la neblinosa oscuridad hasta una amplia plaza de armas asfaltada para la gimnasia con fusil. Encima de una plataforma de madera, un musculoso instructor ordenaba una larga serie de agotadores ejercicios en varias secciones. Un sistema de megafonía tocaba una grabación rayada de *Three o'clock in the morning*. Se suponía que debíamos seguir el compás de la música. Lo único que rompía la monotonía eran las frecuentes maldiciones y los insultos dirigidos a nuestro entusiasta instructor entre susurros y la aparición demasiado frecuente de varios instructores que acechaban las extensas filas asegurándose de que todos se ejercitaran enérgicamente. Los ejercicios no sólo nos endurecieron el cuerpo. El oído se nos agudizó mucho tratando de oír si se acercaban los instructores mientras nos saltábamos uno o dos tiempos para descansar un momento en medio de la impenetrable oscuridad.

En aquel momento no comprendíamos ni apreciábamos el hecho de que la disciplina que estábamos aprendiendo al responder a órdenes bajo presión marcaría muchas veces la diferencia más tarde en combate: entre el éxito o el fracaso, incluso entre vivir o morir. El entrenamiento del oído también resultó ser una habilidad adicional cuando los japoneses trataban de infiltrarse en nuestras filas por la noche.

Poco después nos informaron de que íbamos a trasladarnos al polígono de tiro. Acogimos el anuncio con entusiasmo. Se rumoreaba que nos entregarían los tradicionales sombreros de campaña de ala ancha. Sin embargo, la remesa se acabó cuando nos tocó a nosotros. La envidia nos consumía y nos sentíamos estafados cada vez que veíamos aquellos graciosos sombreros en el campo de tiro.

La primera mañana que pasamos en el polígono de tiro, a pri-

mera hora, comenzamos el que probablemente fuera el adiestramiento de puntería con fusil más riguroso y eficaz que se le ofreciera a ninguna tropa de ninguna nación durante la segunda guerra mundial. Nos dividieron en equipos de dos hombres la primera semana para practicar la teoría o «disparar en seco». Nos concentramos en el modo adecuado de fijar la mira, apretar el gatillo, anunciar los disparos, usar la correa del fusil para facilitar el disparo y otros fundamentos.

Pronto resultó evidente por qué todos habíamos recibido gruesas almohadillas para coserlas en los codos y en el hombro derecho de las chaquetas de tela vaquera: durante esa práctica, cada hombre y su compañero entrenaban juntos, uno en la posición apropiada (de pie, de rodillas, sentado o tendido boca abajo) y apretando el gatillo, y el otro empujando la palanca del cerrojo del rifle con la base de la mano, que llevábamos acolchada con una tela enrollada alrededor de la palma. Con este procedimiento se amartillaba el fusil y simulábamos el retroceso.

Los instructores y los entrenadores de fusil comprobaban a todos los hombres continuamente. Todo tenía que ser perfecto. Los brazos nos dolían por tenerlos retorcidos en diversas posiciones y porque la correa de cuero se nos clavaba. La mayoría tuvimos problemas para perfeccionar la posición de sentados (que nunca vi usar en combate). Sin embargo, el entrenador los ayudó a todos como lo hizo conmigo: simplemente dejando caer su peso sobre mis hombros hasta que pude «adoptar la posición correcta». Aquellos que estaban familiarizados con las armas de fuego olvidaron pronto lo que sabían y aprendieron el estilo del cuerpo de los marines.

Después de la precisión, lo más importante era la seguridad. Nos machacaron sus principios sin clemencia hasta que los asimilamos. «Mantengan el arma apuntada hacia el objetivo. Nunca apunten un fusil a nada a lo que no piensen dispararle. Revisen su fusil cada vez que lo cojan para asegurarse de que no está cargado. Se han producido muchos accidentes con fusiles “descargados”».

La siguiente semana nos situamos en la línea de tiro y recibimos munición real. Al principio, el sonido de los fusiles al disparar resultaba desconcertante. Pero no por mucho tiempo. Había-

mos practicado la teoría tan concienzudamente que repetimos lo aprendido de forma automática. Le disparamos a dianas negras y redondas a 100, 300 y 500 metros. Otras secciones manejaban los blancos.² Cuando el oficial del campo de tiro ordenaba:

«Listos a la derecha, listos a la izquierda, todo listo en la línea de tiro, comiencen a disparar», yo sentía como si el rifle fuera parte de mí y viceversa. Mi concentración era absoluta.

La disciplina siempre estaba presente, aunque el hostigamiento que había supuesto nuestro alimento diario dejó paso a una instrucción formal y muy seria en puntería. Sin embargo, el castigo por infringir las reglas se producía de manera rápida y severa. Un hombre situado a mi lado se giró un poco para hablar con un amigo después de que se hubiera ordenado el «alto el fuego»; esto provocó que la boca de su fusil se desviara de los objetivos. El capitán al frente del campo de tiro, que tenía ojo de lince, se acercó corriendo y le dio una patada tan fuerte en el trasero que el hombre cayó de bruces. Luego el capitán lo levantó del suelo de un tirón y le echó un buen rapapolvo. Pillamos el mensaje.

A la sección 984 le tocó su turno en los blancos. Mientras estábamos sentados a salvo en los refugios y esperábamos a que se completara cada serie de disparos, me vinieron pensamientos sombríos sobre el estallido y el chasquido de las balas al pasar por lo alto.

El día de la clasificación amaneció despejado y soleado. Estábamos preocupados, pues nos habían dicho que el que no disparase lo bastante bien para alcanzar la categoría de «tirador» no iría al extranjero. Me llevé una decepción cuando se sumaron las puntuaciones finales. No llegué a «fusilero experto» por sólo dos puntos. No obstante, llevé con orgullo la insignia de tirador de primera con forma de cruz de Malta. Y no omití señalarles a mis compañeros yanquis que la mayoría de los mejores tiradores de nuestra sección eran chicos del Sur.

Sintiéndonos como viejos lobos de mar, regresamos al centro

2. Los «blancos» eran dianas montadas sobre un sistema de rieles verticales que unos soldados accionaban. Las dianas de los que se encontraban en la línea de tiro iban siendo centradas por estos mismos soldados.

de reclutamiento para las fases finales del adiestramiento. Sin embargo, los instructores no nos trataron como veteranos; el hostigamiento pronto retomó la intensidad anterior.

Tras ocho extenuantes semanas, se había hecho patente que el cabo Doherty y los otros instructores habían hecho bien su trabajo. Nos habíamos endurecido físicamente, habíamos desarrollado resistencia y habíamos aprendido las lecciones. Y lo que tal vez era más importante, nos habíamos endurecido mentalmente. Uno de nuestros instructores adjunto incluso se permitió mascullear que quizá nos convirtiéramos en marines después de todo.

Por fin, a última hora de la tarde del 24 de diciembre de 1943, formamos sin fusiles ni cartucheras. Vestidos con uniformes verdes de trabajo, cada hombre recibió tres emblemas de bronce del cuerpo de marines con el globo terráqueo y el ancla, que nos guardamos en el bolsillo. Nos dirigimos a un anfiteatro donde nos sentamos con otras secciones.

Así nos graduamos en el campamento de adiestramiento. Un comandante bajo y de aspecto afable que se encontraba de pie en el escenario dijo:

—Señores, han completado con éxito el entrenamiento y ahora son marines de Estados Unidos. Pónganse sus emblemas del cuerpo de marines y llévenlos con orgullo. Tienen una tradición grande y digna que mantener. Forman parte de la mejor unidad de combate del mundo, así que sean dignos de ella.

Sacamos los emblemas y nos pusimos uno en cada solapa de la chaqueta de lana verde y uno en el lado izquierdo del gorro cuartelero. El comandante contó unos cuantos chistes verdes. Todo el mundo se rió y silbó. Luego, concluyó:

—Buena suerte, señores.

Ésa fue la primera vez que nos llamaban «señores» en el campamento de entrenamiento.

Al día siguiente, antes de que amaneciera, la Sección 984 se reunió delante de los barracones por última vez. Nos echamos los petates al hombro, nos colgamos los fusiles y bajamos con gran dificultad hasta un almacén donde había aparcada una hilera de camiones. El cabo Doherty nos indicó que cada uno debía presentarse en el camión designado cuando pronunciaran su nombre y destino. Los pocos a los que habían seleccionado para

que se formaran como especialistas (técnicos de radar, mecánicos de aviones, etc.) debían entregar sus fusiles, bayonetas y cartucheras.

Se oían comentarios en voz baja mientras los hombres salían de las filas:

—Hasta luego, nos vemos, tómatelo con calma.

Sabíamos que muchas amistades terminaban allí. Doherty gritó:

—Eugene B. Sledge, 534559, equipo individual completo y fusil M1, infantería, Camp Elliott.

A la mayoría nos designaron a la infantería y fuimos a Camp Elliott o a Camp Pendleton.³ Mientras nos ayudábamos unos a otros a subir a los camiones, nunca se nos ocurrió pensar por qué se asignaba a tantos a la infantería. Nuestro destino era suplir el creciente número de bajas en las compañías de fusileros o asalto en el Pacífico. Estábamos condenados a luchar en primera línea de fuego. Éramos carne de cañón.

Después de que se hubieran dado todos los destinos, los camiones se alejaron, y miré a Doherty, que nos veía partir. Le tenía aversión, pero lo respetaba. Nos había convertido en marines y me pregunté qué pasaba por su cabeza mientras nos alejábamos.

3. Camp Elliott era una pequeña instalación militar situada en la parte norte de las afueras de San Diego. Se ha usado pocas veces desde la segunda guerra mundial. El campamento Joseph H. Pendleton se encuentra a treinta y cinco millas al norte de San Diego. Sede hoy en día de la 1.^a División de marines, se trata de la mayor base anfibia del cuerpo de marines en la Costa Oeste.

CAPÍTULO DOS

PREPARÁNDONOS PARA EL COMBATE

Instrucción de infantería

La mayoría de los edificios de Camp Elliott eran barracones de madera pintados de color crema con tejados oscuros. Los típicos barracones de dos pisos tenían forma de «H», con los dormitorios en las partes verticales de la letra. Estos dormitorios que tenían numerosas ventanas, contaban con unas veinticinco literas de metal. La habitación era grande, espaciosa y estaba bien iluminada. Los dos meses siguientes fueron el único período durante todo mi servicio en la segunda guerra mundial en el que viví en un cuartel. El resto del tiempo dormí bajo una lona o al raso.

Nadie nos chilló ni nos ordenó a gritos que nos diéramos prisa. Los suboficiales estaban tan relajados que parecían aletargados. Podíamos recorrer el campamento a nuestro antojo salvo ciertas áreas restringidas. El toque de silencio y el apagado de las luces se producían a las diez de la noche. Éramos como aves que hubieran escapado de una jaula tras el confinamiento y el hostigamiento del campamento de instrucción. Junto con varios chicos que dormían a mi lado, probé la cerveza de barril del bebedero (el club de los soldados rasos), compré dulces y helado en el PX (el economato militar) y exploré el recinto. Nuestra recién descubierta libertad era embriagadora.

Pasamos los primeros días en Camp Elliott asistiendo a clases y demostraciones sobre las diversas armas de un regimiento de in-

fantería de marines. Recibimos una introducción al cañón anti-tanque de 37 mm, el mortero de 81 mm, el mortero de 60 mm, la ametralladora del calibre 50, las ametralladoras pesadas y ligeras del calibre 30 y el rifle automático Browning (BAR). También repasamos tácticas de combate de fusileros. La mayoría de las conversaciones que manteníamos trataban de las diferentes armas y de si estar en la dotación de un cañón de 37 mm, una ametralladora ligera o un mortero de 81 mm sería un «buen puesto» o no. Siempre había uno, por lo general de Nueva Inglaterra, que lo sabía todo y aseguraba tener las noticias más frescas sobre todo.

—Estuve hablando en el economato con un tipo que había ido a la escuela de morteros de 81 mm y me dijo que los malditos morteros pesan tanto que deseaba haberse metido en los cañones de 37 mm para poder ir en un jeep mientras el vehículo arrastraba el cañón.

—Yo hablé con un tipo en Camp Pendleton y me contó que un proyectil de mortero estalló al dispararlo y mató al instructor y a toda la dotación. Yo voy a meterme en las ametralladoras ligeras. Dicen que están bien.

—Y una mierda. Mi tío estuvo en Francia en la primera guerra mundial y decía que la esperanza de vida media de un servidor de ametralladora era de unos dos minutos. Yo voy a ser fusilero, así no tendré que cargar con todo ese peso.

Y todo el rato era así. Ninguno teníamos la más remota idea de lo que estábamos hablando.

Un día formamos filas y nos ordenaron que nos separáramos en grupos según el arma con la que quisiéramos entrenar. Si la primera que elegíamos estaba completa, hacíamos una segunda elección. El mero hecho de que nos permitieran optar me asombró. Al parecer la idea era que un hombre resultaría más efectivo con un arma que hubiera escogido más que con una a la que lo hubieran asignado. Yo elegí los morteros de 60 mm.

La primera mañana, los que habíamos escogido los morteros de 60 mm nos dirigimos a la parte trasera de un almacén donde había aparcados varios carros de combate ligeros. Nuestro instructor de morteros, un sargento, nos dijo que nos sentáramos y escucháramos lo que tenía que decir. Se trataba de un elegante y apuesto rubio que llevaba un caqui desteñido hasta conseguir el

tono que indicaba un uniforme «vivido». Su porte irradiaba una tranquila confianza en sí mismo. No había arrogancia ni bravuconería en él; sin embargo, se veía claramente que era un hombre que se conocía a sí mismo y a su trabajo, y que no aguantaría tonterías de nadie. Poseía un aire intangible de contenida y tranquila indiferencia, una cualidad que poseían muchos de los veteranos de las campañas del Pacífico a los que conocí. A veces su mente parecía encontrarse a mil kilómetros, como si estuviera ensimismado en una especie de ensueño melancólico. Era un rasgo auténtico, espontáneo, sin ensayo. En resumen, no se podía imitar. Me fijé en esto durante los primeros días que pasé en el cuerpo de marines, pero nunca lo comprendí hasta que vi lo mismo en mis amigos después de Peleliu.

Un hombre alzó la mano y el sargento dijo:

—Muy bien, ¿cuál es su pregunta?

El hombre comenzó con «Señor». El sargento se rió y lo corrigió:

—Llámeme «sargento», no «señor».

—Sí, señor.

—Miren, ahora son marines de Estados Unidos. Ya no están en el campamento de adiestramiento. Ustedes relájense, trabajen duro y cumplan bien con su labor, y no tendrán ningún problema. Tendrán más posibilidades de superar la guerra.

Se ganó nuestro respeto y admiración al instante.

—Mi trabajo es entrenarlos para que se conviertan en servidores de morteros de 60 mm. El mortero de 60 mm es un arma de infantería eficaz e importante. Pueden frenar ataques enemigos contra la primera línea de su compañía con esta arma y pueden debilitar las defensas del enemigo con ella. Van a disparar por encima de las cabezas de sus propios compañeros, así que deben saber muy bien lo que están haciendo. De lo contrario sus disparos se quedarán cortos y matarán y herirán a sus propios compañeros. Yo fui servidor de un mortero de 60 mm en Guadalcanal y vi lo efectiva que fue esta arma contra los japoneses allí. ¿Alguna pregunta?

La fría mañana de enero de nuestra primera clase de morteros, nos sentamos en el suelo bajo un cielo soleado y escuchamos atentamente a nuestro instructor.

—El mortero de 60 mm en un arma de ánima lisa, que se carga por la boca y con un ángulo de tiro elevado. La pieza montada pesa aproximadamente veinte kilos y consiste en el tubo —o cañón—, el bípode y la placa de la base. Cada compañía de fusiles cuenta con dos o tres morteros de 60 mm. Los morteros disponen de un ángulo de tiro alto y resultan especialmente eficaces contra tropas enemigas que se hayan puesto a cubierto en posiciones seguras o detrás de cerros donde están protegidos de nuestra artillería. Los japos también tienen morteros y saben utilizarlos. Les encanta destruir nuestros morteros y ametralladoras porque saben el daño que estas armas pueden causar a sus tropas.

Luego el sargento repasó las partes de la pieza de artillería. Hizo una demostración de los movimientos habituales con el mortero, durante la cual el bípode se soltaba de las correas y se abría, la placa de la base se fijaba con firmeza en el suelo, las patas del bípode se clavaban en la tierra y la mira se colocaba rápidamente en su sitio, sobre el arma. Nos dividió en pelotones de cinco hombres y practicamos hasta que cada uno supo montar el mortero con soltura. Durante las clases posteriores nos instruyó en las complejidades de la mira con sus burbujas de nivel y en cómo colocar el arma y ajustar la mira con el blanco. Pasamos horas aprendiendo a manejar la brújula para dar un objetivo.

Cada pelotón competía por ser el más rápido y el más preciso en la instrucción. Cuando me tocaba hacer de artillero número uno, corría hasta la posición, me descolgaba el mortero del hombro derecho, lo montaba, lo apuntaba hacia el marcador base, apartaba las manos y exclamaba:

—Listo.

El sargento comprobaba su cronómetro y decía el tiempo. Cada pelotón jaleaba a su artillero. Nos íbamos turnando como artillero número uno, artillero número dos (que dejaba caer los proyectiles en el tubo cuando se lo ordenaba el número uno) y portamuniciones.

Aunque nos habían instruido a conciencia, nos pusimos bastante nerviosos al disparar con fuego real por primera vez. Disparamos contra bidones de aceite vacíos colocados en una ladera. No hubo contratiempos. Cuando vi estallar el primer proyectil con un sordo «bum», a unos doscientos metros de distancia

comprendí de pronto que estábamos manejando una arma muy mortífera. Una nube de humo negro apareció en el punto de impacto. Salieron volando fragmentos de acero que levantaron pequeños remolinos de polvo alrededor de un área de unos nueve metros por dieciocho. Cuando se disparaban tres proyectiles con una arma, las explosiones cubrían un área de unos treinta y cinco metros por treinta y cinco con fragmentos voladores.

—Vaya, sentiría lástima por cualquier japo que tuviera toda esa metralla volando a su alrededor —murmuró uno de mis compañeros más considerados.

—Sí, les dará para el pelo, sí señor. Pero no olviden que ellos van a lanzarles obuses lo más rápido que puedan —repuso el sargento de morteros.

Me di cuenta de que ésa era la diferencia entre la guerra y la caza. Cuando sobreviví a lo primero, dejé lo segundo.

También recibimos adiestramiento en combate cuerpo a cuerpo. Éste consistía más que nada en judo y lucha con cuchillos. Para impresionarnos con la eficacia de su asignatura, el instructor de judo nos tiraba metódicamente al suelo a cada uno mientras intentábamos atacarlo.

—¿De qué nos va a servir este tipo de lucha si los japos pueden liquidarnos con ametralladoras y artillería a quinientos metros? —preguntó alguien.

—Cuando oscurece en el Pacífico, los japos siempre envían hombres a nuestras posiciones para infiltrarse en las líneas o para ver cuántas gargantas estadounidenses pueden cortar —respondió el instructor—. Son duros y les gusta la lucha cuerpo a cuerpo. Pueden encargarse de ellos, pero tienen que saber cómo.

Está de más decir que prestamos mucha atención a partir de ese momento.

—No duden en pelear sucio con los japos. Desde que son niños, a la mayoría de los americanos se les enseña a no dar golpes bajos. No es deportivo. Bueno, nadie les ha enseñado eso a los japos, y la guerra no es un deporte. Denles una patada en las pelotas antes de que ellos se la den a ustedes —gruñó nuestro instructor.

Nos presentaron al compañero de trinchera del marine: el cuchillo Ka-Bar. Este mortífero instrumento fue fabricado por la

compañía que lleva su nombre. El cuchillo tenía treinta centímetros de longitud y contaba con una hoja de diecisiete centímetros y medio de largo por tres y medio de ancho. El mango de doce centímetros y medio estaba hecho de arandelas de cuero apretadas y llevaba grabado «USMC» en la guarnición superior. El cuchillo era ligero para su tamaño y estaba maravillosamente equilibrado.

—Todos han oído un montón de cosas sobre esos elegantes cuchillos de combate que llevan, o deberían llevar, los soldados de infantería: cuchillos arrojadizos, estiletos, puñales y todo eso. La mayor parte no son más que chorradas. Probablemente abrirán más latas de raciones que japos con este cuchillo, pero si un japo llega a meterse en su trinchera, les irá mejor con un Ka-Bar que con cualquier otro cuchillo. Es lo mejor de lo mejor y también es resistente. Si fueran a enfrentarse a los alemanes, me atrevería a suponer que nunca necesitarían un cuchillo de combate, pero con los japos es diferente. Les garantizo que ustedes o el hombre de la siguiente trinchera usarán un Ka-Bar contra un infiltrado japonés antes de que termine la guerra.

Tenía razón.¹

Todos nuestros instructores en Camp Elliott llevaron a cabo un trabajo muy profesional. Nos dieron a conocer el material y dejaron claro que nuestras posibilidades de sobrevivir a la guerra dependían en gran medida de lo que aprendiéramos. Aquellos profesores sabían motivar a sus estudiantes.

No obstante, no recuerdo que nadie comprendiera de verdad lo que estaba ocurriendo fuera de nuestra rutina de entrenamiento. Quizá se tratase del ingenuo optimismo de la juventud, pero la imponente realidad de que nos estábamos adiestrando para ser carne de cañón en una guerra a escala mundial, que ya había acabado con millones de vidas, nunca pareció ocurrirnos. Daba la impresión de que no comprendíamos el hecho de que nuestras vidas podían terminar de manera violenta o que podíamos quedar lisados cuando aún éramos unos muchachos. Lo

1. El cuerpo de marines de Estados Unidos todavía usa el excelente cuchillo de combate Ka-Bar. El nombre del fabricante se ha convertido para los marines en un sustantivo (*kabar*) para designar su cuchillo de combate.

único que parecía preocuparnos de verdad era que pudiéramos tener demasiado miedo para cumplir con nuestro trabajo bajo el fuego enemigo. A todos nos acosaba la aprensión de ser unos «gallinas».

Una tarde dos veteranos de la campaña de Bougainville pasaron por mi cuartel para charlar con algunos de nosotros. Habían formado parte del batallón de asalto de marines que había combatido tan bien junto con la 3.^a División de marines en Bougainville. Eran los primeros veteranos que conocíamos, aparte de nuestros instructores. Les hicimos una avalancha de preguntas.

—¿Tuvieron miedo? —inquirió uno de mis compañeros.

—¡Miedo! ¿Me toma el pelo? La primera vez que oí las balas viniendo hacia mí tuve tanto miedo que casi no podía sostener el fusil —fue la respuesta.

El otro veterano añadió:

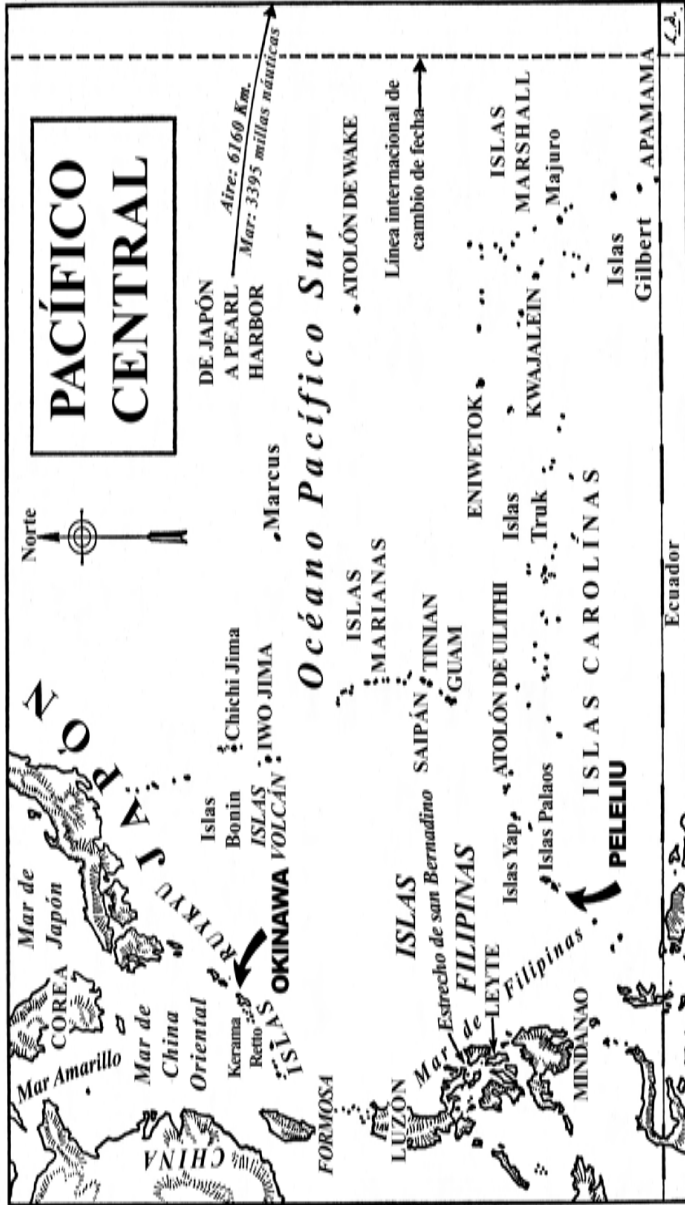
—Escuche, amigo, todo el mundo se asusta y el que diga que no es un maldito embustero.

Nos sentimos mejor.

La escuela de morteros continuó durante toda mi estancia en Camp Elliott. Las pruebas de natación fueron la última fase del adiestramiento especial que recibimos antes de embarcarnos hacia el Pacífico. Por suerte, en enero de 1944 no podíamos prever los acontecimientos del otoño. Nos entrenamos con entusiasmo y con la confianza de que las batallas que estábamos destinados a librar serían necesarias para ganar la guerra.

Antes, del 20 al 23 de noviembre de 1943, la 2.^a División de marines llevó a cabo su memorable ataque contra el atolón de coral de Tarawa, en las islas Gilbert. Muchos historiadores militares y otras personas consideran la batalla de Tarawa el primer asalto anfíbio frontal moderno.

Un arrecife de coral se extendía unos quinientos metros y rodeaba el atolón. Tarawa estaba expuesta a imprevisibles mareas que a veces hacían descender el nivel del agua y provocaban que las embarcaciones Higgins (LCVP: naves de desembarco de vehículos y personal) varasen en el arrecife.



Se había planeado emplear tractores anfibios (LVT: vehículos de desembarco con orugas, que ahora se llamaban «vehículos anfibios de asalto») para transportar a los soldados a través del arrecife. Sin embargo, sólo había suficientes vehículos para llevar a las tres primeras oleadas. Después de que los tres primeros grupos de asalto llegaran a tierra en los vehículos anfibios, las oleadas secundarias tuvieron que vadear el arrecife en medio del fuego japonés, debido a que sus embarcaciones Higgins se habían atascado en el borde del arrecife.

Las bajas de la 2.ª División fueron atroces: 3.381 muertos y heridos. Sus marines mataron a todos salvo a diecisiete de los 4.836 defensores nipones del diminuto atolón.

El pueblo estadounidense y algunos líderes militares criticaron con dureza al cuerpo de marines debido al número de bajas. «Tarawa» se convirtió en una palabra muy conocida en Estados Unidos. Ocupó el lugar que le correspondía junto a Valley Forge, el Álamo, el bosque de Belleau y Guadalcanal como símbolo del valor y el sacrificio americanos.

Los jóvenes marines de Camp Elliott no tenían ni la más remota idea de que en unos nueve meses participarían como parte de la 1.ª División de marines en el asalto a Peleliu. La batalla resultaría ser tan feroz y costosa que las bajas de la división prácticamente duplicarían las de la 2.ª División en Tarawa. Para sumar tragedia a este horror, a posteriori se demostraría que la necesidad de tomar Peleliu fue discutible. Como ha dicho más de un historiador de los marines, resulta lamentable para la memoria de los hombres que lucharon y murieron en Peleliu que ésta siga siendo una de las batallas menos conocidas y peor comprendidas de la segunda guerra mundial.

En el extranjero por fin

A primera hora de la mañana del 28 de febrero de 1944, los hombres del 46.º Batallón bajamos de los camiones en el muelle del puerto de San Diego y formamos para subir a bordo de un barco de transporte de tropas que nos llevaría al Pacífico. El *President Polk* había sido un transatlántico de lujo de la President Line en

tiempo de paz. Ahora estaba pintado de gris y tenía un aspecto sombrío y ominoso con sus cañones antiaéreos y las balsas salvavidas. Tuve la inquietante sensación de que éste iba a ser un viaje sólo de ida para algunos de nosotros.

Cargado con el equipo de transporte completo, el petate (un colchón con funda de lona), la carabina M1 y el casco, subí como pude por una empinada plancha. En cuanto llegamos a la cubierta, fuimos a nuestro compartimento, una cubierta más abajo. Una ráfaga de aire caliente y fétido me golpeó al entrar por la escotilla y comenzar a descender por la escala. Aproximadamente a medio camino, el hombre que iba delante de mí resbaló y cayó hasta el fondo. Todos nos preocupamos por su caída y lo ayudamos a levantar y a volver a coger su equipo. Más tarde, un episodio como ése no provocaría casi ninguna reacción salvo una mirada al pasar y una rápida mano de ayuda.

Nos apiñamos en el compartimento y aguardamos durante lo que parecieron horas a que un oficial comprobara la lista y nos asignara a cada uno una hamaca o cama (una litera). Cada hamaca consistía en una lona amarrada a unos postes metálicos, en la cabecera y los pies. Las camas de las literas estaban unidas con cadenas a las de encima y debajo.

Cuando me subí a la mía, me di cuenta de que la litera de encima sólo estaba a poco más de medio metro. Con los colchones desenrollados y el equipo, un hombre apenas tenía espacio para tumbarse. Tuve que trepar por unas cuatro camas para llegar a la mía, que se encontraba casi en el nivel más alto.

Las tenues bombillas eléctricas de lo alto casi no nos proporcionaban luz suficiente para ver. En cuanto pude, subí a cubierta buscando escapar del hediondo y abarrotado compartimento. La cubierta también estaba atestada, pero el aire era fresco.

Muchos estábamos demasiado entusiasmados para dormir, así que exploramos el barco durante horas, hablamos con la tripulación u observamos cómo terminaban de cargar. Por fin, alrededor de medianoche, bajé y trepé a mi hamaca. Desperté varias horas después a causa de la vibración del motor de la nave. Me puse las botas, los pantalones de tela vaquera y la chaqueta, y corrí hasta la cabina, lleno de temor y entusiasmo. Eran alrededor de las cinco de la madrugada. Otros marines abarrotaban la

cubierta, apocados al comprender que cada giro de las hélices del barco nos alejaría más de casa y nos acercaría a lo desconocido.

Duras preguntas se me agolpaban en la cabeza. ¿Volvería a ver a mi familia? ¿Cumpliría con mi deber o sería un cobarde? ¿Podría matar? Me dejé llevar por la fantasía. Tal vez me pusieran en una unidad de retaguardia y nunca viera a ningún japonés. Tal vez deshonrara a mi unidad huyendo del enemigo. O tal vez matara a docenas de japoneses y ganara una Cruz Naval o una Estrella de Plata y me convirtiera en un héroe nacional.

La tensión se rompió al final, mientras veíamos cómo los marineros corrían de un lado a otro soltando cabos y guindalezas preparando la nave para entrar en mar abierto.

El *President Polk* avanzó siguiendo un rumbo en zigzag hacia un destino desconocido para aquellos de nosotros que nos sofocábamos de calor en sus entrañas. Nuestra rutina diaria resultaba aburrida, incluso para aquellos que como yo disfrutábamos bastante estando a bordo de un barco. Nos levantábamos de la cama cada mañana hacia el amanecer. Mi aseo matutino consistía en cepillarme los dientes y afeitarme con una crema que no hacía espuma. Todos los días un oficial o un suboficial nos hacían realizar ejercicios de gimnasia. Y siempre podíamos contar con una inspección de fusiles. Aparte de eso, prácticamente no teníamos obligaciones.

Cada pocos días teníamos un simulacro de abandono del barco, lo que ayudaba a reducir el aburrimiento. Y la tripulación del barco llevaba a cabo a menudo instrucción con cañones. Resultó emocionante observarlos la primera vez que realizaron prácticas de tiro con fuego real. Soltaron globos amarillos desde el puente. Cuando el viento los arrastró, los artilleros abrieron fuego siguiendo las órdenes del oficial de control de tiro. Los cañones antiaéreos de 20 y 40 mm de fuego graneado parecieron realizar un trabajo eficaz. No obstante, para algunos de nosotros, los cañones de 3 y 5 pulgadas no lograron mucho más que nos dolieran los oídos. Teniendo en cuenta el número de globos que escaparon, nos pareció que las dotaciones de los cañones deberían practicar más. Esto probablemente se debía a que ninguno de nosotros había tenido experiencia alguna con cañones antiaéreos y no comprendíamos la dificultad que entrañaba su manejo.

Más allá de escribir algunas cartas y hablar mucho —las llamadas «sesiones de charla»—, pasamos gran parte del tiempo esperando en colas que llevaban por pasarelas y pasillos hasta la cocina del barco. La hora de la comida era una experiencia inolvidable. Tras la inevitable espera en la cola, entraba por la escotilla que conducía a la cocina y me encontraba con una ráfaga de aire caliente cargado de un nuevo grupo de olores que apenas se diferenciaban del olor característico del compartimento para tropas. A los mismos ingredientes básicos (pintura, grasa, tabaco y sudor), se añadía el olor a comida rancia y a algo sacado de una panadería. Bastaba para revolverle el estómago a un civil, pero nosotros nos adaptamos forzosamente y con rapidez.

Avanzábamos por la fila lo mismo que en un *self-service* y les indicábamos a los sudorosos encargados del rancho de la marina qué comida queríamos que nos sirvieran en las brillantes bandejas de acero con compartimentos. Los encargados de los ranchos llevaban camisetas y tenían muchos tatuajes en los brazos. Todos se secaban el sudor de la cara constantemente. Comíamos de pie en largas mesas plegables en medio del estruendo de los ventiladores. Todo estaba muy caliente pero bastante limpio. Un marino me dijo que las mesas se habían usado para operar a los marinos heridos que la nave había recogido durante una de las campañas anteriores en el Pacífico. Eso me provocaba una sensación extraña en la boca del estómago cada vez que iba a comer en el *President Polk*.

Hacía mucho calor —38 grados, como mínimo—, pero me bebía de un trago una taza de Joe caliente (café solo), el elemento que ocupaba el lugar del pan como sustento para los marines y marineros. Hacía una mueca cuando las patatas deshidratadas impregnaban mis papilas gustativas de un regusto desagradable característico de la segunda guerra mundial: alimentos deshidratados rancios. El pan me sorprendió: pesado y con un sabor que combinaba lo amargo, lo dulce y la harina poco cocida. ¡Con razón el café había sustituido al pan!

Después de comer en la tórrida cocina, íbamos a cubierta para refrescarnos. Todos estábamos empapados de sudor. Habría supuesto un alivio comer en cubierta, pero nos habían prohibido sacar la comida de la cocina.

Un día, mientras avanzábamos por una de tantas escaleras en una fila para comer, pasé ante una lumbreira que me permitió ver el comedor de oficiales. Allí vi oficiales de la armada y de la infantería de marines vestidos con caquis almidonados y sentados en mesas en una habitación bien ventilada. Camareros vestidos de blanco les servían pastel y helado. Mientras nos movíamos lentamente por la calurosa escalera hacia nuestro café humeante y nuestra comida deshidratada, me pregunté si no me había equivocado al dejar la escuela V-12. Después de todo, habría estado bien que el Congreso me declarara caballero y haber vivido como un ser humano a bordo del barco. Sin embargo, para mi enorme satisfacción, después descubrí que esos detalles y privilegios del rango escaseaban en las primeras líneas.

Durante la mañana del 17 de marzo, miramos por la proa y vimos una línea de olas blancas en el horizonte. La Gran Barrera de Coral se extendía miles de millas y debíamos cruzarla para llegar a Nueva Caledonia. Cuando nos acercamos al arrecife, vi varios cascos de barcos de madera encallados en lugares altos y secos, al parecer alguna tormenta los había lanzado allí años atrás.

Mientras nos aproximábamos al puerto de Nouméa, vimos que la pequeña motora del práctico se dirigía hacia nosotros. El *Polk* le hizo señales con banderas y luces y la lancha se situó enseguida al costado. El práctico trepó por una escala y subió a bordo del barco. A continuación tuvieron lugar todo tipo de saludos protocolarios entre el recién llegado y los oficiales de la nave mientras éste se dirigía al puente para guiarnos al entrar. Se trataba de un civil de mediana edad y de aspecto agradable, vestido con un cuidado traje blanco, sombrero de paja y corbata negra. Rodeado de marineros vestidos de tela vaquera y oficiales de la nave con caquis, parecía un personaje imaginario salido de una era olvidada hacía tiempo.

El agua azul del Pacífico se volvió verde mientras entrábamos en el canal que conducía al puerto de Nouméa. Un bonito faro blanco se alzaba cerca del puerto. Había casas blancas con techos de tejas a su alrededor y por la base de las laderas de las altas

montañas. La escena me recordó a una fotografía de un puerto del Mediterráneo.

El *President Polk* se movía despacio por el puerto mientras el sistema de megafonía daba instrucciones a un destacamento para que amarrásemos en un muelle con largos depósitos donde personal militar estadounidense trasladaba cajones y equipo. La mayoría de las embarcaciones que vi pertenecían a la armada de Estados Unidos, pero también había algunos cargueros mercantes estadounidenses y extranjeros junto con unas cuantas barcas pesqueras civiles de aspecto extraño.

El primer nativo del Pacífico con el que me encontré no iba vestido con una falda hawaiana ni agitaba una lanza, sino que conducía con aire despreocupado un tractor por el muelle. Se trataba de un hombre bajo y musculoso —negro como el carbón— cubierto únicamente con un taparrabos, con un hueso en la nariz y una espesa mata de pelo crespo como un zulú sacado de una historia de Kipling. Lo que sorprendía de su pelo era el color: un precioso ámbar. Un marinero nos explicó que a los nativos les gustaba aclararse el pelo con azulete que conseguían de los americanos a cambio de conchas de mar. Pese al hueso de la nariz, era un excelente conductor de tractor.

Nueva Caledonia

Tras semanas en el mar, apretujados en un barco de tropas, supuso un alivio volver a pisar tierra. Nos amontonamos en camiones del cuerpo de marines y viajamos por el sector principal de Nouméa. Me encantó contemplar la vieja arquitectura francesa, que me recordó a las partes más antiguas de Mobile y Nueva Orleans.

Los camiones aceleraron por una serpenteante carretera con montañas a cada lado. Vimos pequeñas granjas y una gran mina de níquel en el valle. Habían talado trozos del terreno, pero la densa jungla cubría gran parte de las zonas bajas. Aunque el tiempo era fresco y agradable, las palmeras y la vegetación en general daban fe del clima tropical. Tras varios kilómetros entramos en Camp Saint Louis, donde nos someterían a más entrena-

miento antes de enviarnos «al norte», a la zona de combate como reemplazos.

Camp Saint Louis era un campamento compuesto de hileras de tiendas de campaña y calles de tierra. Nos asignaron las tiendas, guardamos nuestro equipo y formamos para comer. La cocina descansaba sobre una colina un poco más allá del calabozo del campamento. A la vista había dos jaulas de metal más o menos del tamaño de cabinas telefónicas. Nos dijeron que encerraban allí a los que causaban problemas. Periódicamente los remojaban con una manguera contra incendios de alta presión. Lo estricto de la disciplina en Camp Saint Louis me hizo suponer que lo que se decía sobre las jaulas era cierto. En cualquier caso, decidí no meterme en líos.

Nuestro adiestramiento constaba de clases y ejercicios de campo. Oficiales y suboficiales veteranos daban clases sobre tácticas, métodos de combate y armas japoneses. La mayor parte del entrenamiento era meticuloso y hacía hincapié en la responsabilidad personal. Trabajábamos en grupos de diez o doce.

A mí normalmente me ponían en un pelotón al que instruía un cabo grande y pelirrojo que había formado parte de un batallón de asalto de marines durante los enfrentamientos en las Islas Salomón. El Rojo tenía buen carácter pero era implacable. Nos hacía trabajar duro. Un día nos llevó a un pequeño polígono de tiro y nos enseñó a disparar un revólver, un fusil y ametralladoras pesadas y ligeras japonesas. Después de disparar unas cuantas veces con cada uno, el Rojo nos metió a unos cinco en un foso de un metro y medio de profundidad, más o menos, con un terraplén de treinta centímetros delante y la ladera de una colina detrás a modo de protección.

—Algo importante que tienen que aprender rápido para sobrevivir es cómo suenan los disparos enemigos al recibirlos y de qué clase de arma se trata. Cuando toque este silbato, agáchense y quédense así hasta que oigan el silbato otra vez. Si se levantan antes de la señal, les volarán la cabeza y su familia cobrará el seguro.

El Rojo tocó el silbato y nos agachamos. Anunció cada clase de arma japonesa y la disparó varias veces por encima de nuestro foso. Luego él y sus ayudantes las dispararon todas juntas du-

rante unos quince segundos. Pareció mucho más. Las balas provocaban estallidos y chasquidos al pasar. Varias trazadoras de ametralladora no se incrustaron en la ladera, sino que rebotaron y rodaron —al rojo vivo, chisporroteando— en el hoyo. Nos encogimos y nos apartamos, pero nadie se quemó.

Éste fue uno de los ejercicios de entrenamiento más valiosos por los que pasamos. Me preparó para salir ileso de algunas circunstancias que se produjeron después en Peleliu y Okinawa.

Un incisivo sargento se encargaba del adiestramiento con bayoneta. Habían escrito sobre él en una revista nacional debido a su excepcional talento. Le vi realizar proezas en la calle cubierta de cenizas de un campamento de asalto. Nos enseñó cómo defendernos con las manos desnudas de una estocada de bayoneta de un adversario.

—Se hace así —dijo.

Me eligió de entre el pelotón. Me indicó que arremetiera contra él y le tirara una estocada al pecho con la punta de la bayoneta cuando pensara que podía clavársela. Me formé una imagen mental de mí mismo entre rejas en la prisión naval de Mare Island por darle un bayonetazo a mi instructor, así que me desvié justo antes de asestar el golpe.

—¿Qué diablos le pasa? ¿No sabe usar una bayoneta?

—Pero, sargento, me meterán en Mare Island si se la clavo.

—Hay menos posibilidades de que me clave la bayoneta de que yo le dé una paliza por no hacer lo que le ordeno.

«Muy bien —me dije—, si eso es lo que quiere, tenemos testigos.»

Así que fui hacia él a paso ligero y le lancé una estocada al pecho. El sargento se hizo a un lado con habilidad, agarró mi fusil por detrás de la mira y le dio un tirón en la dirección en la que yo iba corriendo. Me aferré al fusil y caí sobre la ceniza. El pelotón rió a carcajadas. Alguien exclamó:

—¿Le has clavado la bayoneta, Mazo?

Me levanté avergonzado.

—Déjelo ya, sabiendo —soltó el instructor—. Venga aquí y veamos qué sabe hacer, bocazas.

Mi compañero levantó su fusil con confianza, embistió y

también acabó en la ceniza. El instructor hizo que cada uno de nosotros lo atacara por turnos. Los derribó a todos.

Luego cogió un fusil Arisaka con la bayoneta calada y nos mostró cómo los soldados nipones usaban la guarda en forma de gancho para atrapar la hoja estadounidense. Con un ligero giro de la muñeca, sabía arrancar el fusil M1 de las manos del adversario y desarmarlo. Nos entrenó cuidadosamente para que sostuviéramos el M1 de lado, con la parte izquierda de la hoja hacia el suelo, en lugar del borde cortante, como nos habían enseñado en Estados Unidos. De este modo, cuando parábamos una hoja japonesa, nuestro oponente no podía atrapar la nuestra.

Emprendimos largas caminatas y marchas forzadas a través de junglas, pantanos y por interminables montañas. Realizamos innumerables desembarcos de práctica con embarcaciones Higgins en pequeños islotes cercanos. Cada mañana, después de desayunar, salíamos del campamento provistos de fusiles, cartucheras, dos cantimploras de agua, mochila de combate, casco y raciones K. Corríamos a un ritmo rápido durante cincuenta minutos con un descanso de diez minutos. No obstante, los oficiales y suboficiales siempre nos metían prisa y a veces suprimían el descanso de diez minutos.

Cuando pasaban camiones por la carretera, nos hacíamos a un lado, como han hecho las columnas de infantería desde el principio de los tiempos. Con frecuencia, los camiones transportaban tropas del ejército y nosotros ladrábamos y aullábamos como perros y les tomábamos el pelo con que eran unos «cara de perro». Durante uno de esos encuentros, un soldado que iba colgado de un camión justo delante de mí gritó:

—Eh, soldado. Parece que estás cansado y tienes calor. ¿Por qué no haces que el ejército te suministre un camión como a mí?

Sonreí y exclamé:

—Vete a la mierda.

Su compañero lo agarró por el hombro y soltó:

—Deja de llamar «soldado» a ese tipo. Es un marine. ¿No ves la insignia? No está en el ejército. No lo insultes.

—Gracias —voceé.

Ésa fue la primera vez que me encontré con hombres sin espíritu de equipo. Puede que nos quejáramos de nuestros oficia-

les o de la comida o del cuerpo de marines en general, pero era como quejarte de tu propia familia, si un intruso hacía una crítica, había pelea.

Una noche, durante los ejercicios contra infiltraciones enemigas, algunos de los muchachos localizaron el campamento de El Rojo y los otros instructores, que se suponía eran los infiltrados, y les robaron las botas. Cuando llegó el momento de que comenzaran el ataque, lanzaron unas cuantas granadas aturdidoras y aullaron como japoneses, pero no se pusieron en marcha para capturarlos a ninguno. Cuando los oficiales se dieron cuenta de lo que había ocurrido, les soltaron una buena regañina a los instructores por estar demasiado seguros de sí mismos. Los instructores habían preparado un gran fuego en una quebrada. Nos sentamos a su alrededor, bebimos café, comimos raciones K y cantamos unas canciones. Por el momento, la guerra no pintaba tan mal.

Todo nuestro adiestramiento se basaba en tácticas de fusil. No dedicamos tiempo a armas pesadas (morteros y ametralladoras), porque cuando fuéramos «al norte» el jefe de nuestra unidad no asignaría allí donde se nos necesitara. Quizá no fuera en nuestras especialidades. Debido a los ejercicios de campo y del trabajo en la pista de obstáculos, alcanzamos una gran forma física y resistencia.

Durante la última semana de mayo nos enteramos de que el 46.º Batallón de reemplazos partiría rumbo al norte en unos días. Guardamos nuestro equipo y subimos a bordo del USS *General Howze* el 28 de mayo de 1944. Este barco era muy diferente del *President Polk*. Era mucho más nuevo y al parecer lo habían construido para transportar tropas. Todo estaba recién pintado y muy limpio y ordenado. Me asignaron junto con otra docena de hombres, más o menos, a un compartimento pequeño y bien ventilado en la cubierta principal, muy diferente del agujero cavernoso y hediondo en el que dormía en el *Polk*. El *General Howze* contaba con una biblioteca de la que las tropas podían coger libros y revistas. También recibimos los primeros comprimidos de Atabrine. Aquellas pastillitas amargas y de un amarillo intenso prevenían la malaria. Tomamos una al día.

El 2 de junio, el *General Howze* se aproximó a las Islas Russell y entró en una ensenada bordeada de grandes palmerales. Los palmerales y el agua cristalina eran preciosos. Desde la nave podíamos ver calzadas cubiertas de coral y grupos de tiendas en forma de pirámide entre los cocoteros. Eso era Pavuvu, hogar de la 1.^a División de marines.

Supimos que desembarcaríamos a la mañana siguiente, así que pasamos el tiempo asomados a la barandilla, hablando con unos marines que se encontraban en el muelle. Me impresionó su simpatía y sencillez. Aunque iban impecablemente vestidos con caquis o pantalones de tela vaquera, parecían cansados y ojerosos. No hicieron ningún esfuerzo para impresionar a los novatos. Sin embargo, formaban parte de una división de élite a la que casi todo el mundo conocía debido a la conquista de Guadalcanal y la campaña más reciente en Cabo Gloucester, en Nueva Bretaña. Se habían marchado de Gloucester alrededor del 1 de mayo. Así que llevaban en Pavuvu como un mes.

Muchos de nosotros dormimos poco durante la noche. Comprobamos y volvimos a comprobar nuestro equipo, asegurándonos de que todo estaba en su sitio. Hacía calor, mucho más que en Nueva Caledonia. Salí a la cubierta y dormí al aire libre. Dos de mis compañeros empezaron a tocar con una mandolina y un viejo violín una de las mejores interpretaciones de música tradicional que había escuchado nunca. Tocaron y cantaron canciones folk y baladas casi toda la noche. Nos pareció una música buenísima.

Con la vieja guardia

Alrededor de las nueve de la mañana del 3 de junio de 1944, cargando con la habitual montaña de equipo, descendí penosamente por la plancha del *General Howze*. Mientras nos dirigíamos a los camiones que nos esperaban, pasamos junto a una fila de veteranos que aguardaban para subir a bordo. Sólo llevaban mochilas y equipo individual, nada de armas. Algunos dijeron que se alegraban de vernos, porque éramos sus reemplazos. Tenían un aspecto bronceado y cansado, pero parecían aliviados de volver a casa.

Para ellos la guerra había terminado. Para nosotros, acababa de comenzar.

En una amplia zona de aparcamiento pavimentada con coral triturado, un teniente pronunció nuestros nombres y nos dividió en grupos. A mi grupo, de un centenar o más, nos indicó:

—Tercer batallón, quinto de marines.

Si me hubieran dado la opción de escoger —y no la tuve, claro— con cuál de las cinco divisiones de marines servir, habría sido con la 1.ª División de marines. En última instancia, el cuerpo de marines contaba con seis divisiones que se distinguieron en el combate en el Pacífico. Pero la 1.ª División de marines era, en muchos sentidos, única. Había participado en la ofensiva estadounidense inicial contra los japoneses en Guadalcanal y ya había librado una segunda batalla importante en Cabo Gloucester, al norte de las Islas Salomón. Ahora sus tropas estaban descansando, preparándose para una tercera campaña en las Islas Palaos.

Entre los regimientos, habría elegido el 5.º de marines. Sabía de su admirable historia como parte de la 1.ª División de marines, y que su trayectoria se remontaba a la primera guerra mundial en Francia. Otros marines que conocí de otras divisiones estaban orgullosos de sus unidades y de ser marines, como debía ser. Sin embargo, el 5.º de marines y la 1.ª División de marines no sólo contaban con las tradiciones del cuerpo, sino que tenían tradiciones y una herencia propias, un vínculo a través del tiempo con la «vieja guardia».

El hecho de que asignaran precisamente al regimiento y la división que habría elegido, fue pura casualidad. Me sentí como si hubiera tirado los dados y ganado.²

2. La historia del 5.º de marines continuó después de la segunda guerra mundial. El regimiento luchó en la guerra de Corea y de nuevo en Vietnam.

En la primera guerra mundial no participó ninguna división de marines. [Los regimientos 5.º y 6.º de marines lucharon en Francia como parte de la 2.ª División (regular) del cuerpo expedicionario estadounidense, una unidad mixta de brigadas de la infantería de marina y del ejército.] Sin embargo, la 1.ª División de marines fue la única división de marines que peleó en Corea. También combatió en Vietnam, junto con la 3.ª División de marines. Se trata, por lo

Los camiones avanzaron por serpenteantes pistas hechas de polvo de coral junto a la bahía y a través de grupos de cocoteros. Nos detuvimos y descargamos el equipo cerca de un cartel que decía: «3.º B., 5.º marines». Un suboficial me asignó a la Compañía K. Poco después, llegó un teniente y llevó aparte a los quince hombres que habíamos recibido adiestramiento en morteros y ametralladoras. Nos preguntó a cada uno a qué arma queríamos que se nos asignara. Yo pedí los morteros de 60 mm e intenté parecer demasiado pequeño para llevar un lanzallamas de treinta kilos. Me asignó a los morteros y trasladé mis cosas a una tienda que alojaba al segundo pelotón de la sección de morteros de 60 mm.

Las semanas siguientes pasé la mayor parte del tiempo en destacamentos de trabajo, levantando el campamento. El sargento superior de la Compañía K, el sargento primero Malone, venía por la calle de la compañía gritando:

—Que todos los nuevos salgan para un destacamento de trabajo, a paso ligero.

La mayoría de las veces los veteranos de la compañía no estaban incluidos. Se suponía que Pavuvu era un campamento de descanso para ellos tras la larga, húmeda y extenuante campaña en la jungla de Cabo Gloucester. Cuando Malone necesitaba un equipo de trabajo grande exclamaba:

—Necesito a todo hombre disponible. —Así que nos referíamos a él como Malone El Disponible.

Ninguno de nosotros, ni veteranos ni reemplazos, comprendíamos por qué el mando de la división había elegido Pavuvu. Únicamente después de la guerra averigüé que el alto mando estaban intentando evitar la clase de situación que la 3.ª División de marines había soportado cuando acampó en Guadalcanal tras la campaña en Bougainville. Las instalaciones en Guadalcanal (para entonces una base de retaguardia grande) eran bastante buenas, pero el alto mando ordenó a la 3.ª División que proporcionara

tanto, de la única división de marines que ha combatido en todos nuestros principales conflictos durante los últimos sesenta años.

Hoy, el 5.º de marines sigue formando parte de la 1.ª División de marines. La división está estacionada en la Costa Oeste y puede desplegar unidades para actuar en el Pacífico Occidental.



El comandante McIlhenny y sus jefes de compañía; 3.º B., 5.º de marines, 1.ª División de marines. Pavuvu, junio de 1944. (De izqda. a dcha.: capitán Bishop, capitán Neville, capitán McAuliffe, McIlhenny, capitán Neville, Haldane y capitán Crown.)

unos mil hombres cada día para los destacamentos de trabajo por toda la isla. No sólo los veteranos de Bougainville descansar poco o nada, sino que cuando llegaron los reemplazos a la división le costó cumplir el programa de entrenamiento para la siguiente campaña: Guam.

Si Pavuvu no nos pareció un paraíso tropical que digamos a los reemplazos recién llegados de Estados Unidos y Nueva Caledonia, para los veteranos de Gloucester fue una amarga sorpresa.³ Cuando los barcos entraban en Macquitt Bay, como había hecho el *General Howze*, Pavuvu parecía un lugar pintoresco. No obstante, una vez en tierra, descubrías que los extensos cocoteros tenían los cocos podridos. El terreno aparentemente

3. Después de Guadalcanal, la 1.ª División de marines fue a Melbourne, Australia, para descansar y reequiparse para la nueva campaña en Nueva Bretaña. Cuando la del Cabo Gloucester finalizó, los hombres dieron por sentado que regresaban a Australia. En cambio, los dejaron en una isla desierta, en el archipiélago de las Islas Russell, a sesenta millas de Guadalcanal.

firme era blando y se convertía enseguida en fango cuando se lo exponía a tráfico a pie o rodado.

Pavuvu era la encarnación clásica de la expresión «en el quinto infierno». Después de la guerra resultó imposible explicar cómo era la vida en Pavuvu. La mayoría de las quejas sobre la vida aburrida y alienante en el Pacífico venían de hombres empleados en las grandes bases de retaguardia como Hawaii o Nueva Caledonia. Entre sus principales protestas se encontraban que el helado no era bueno, que la cerveza no estaba lo bastante fría o que los espectáculos de la USO eran demasiado escasos.* En Pavuvu, sin embargo, el mero hecho de vivir resultaba difícil.

Por ejemplo, la mayor parte de los destacamentos de trabajo en los que estuve en junio y julio fueron cuadrillas de pico y pala para mejorar las canalizaciones o pavimentar los caminos con coral triturado. El reglamento exigía suelos de madera en todas las tiendas, pero yo no vi ninguno en Pavuvu.

De todos aquellos trabajos, el que más odiaba era recoger cocos podridos. Los cargábamos en camiones para luego tirarlos en una ciénaga. Si teníamos suerte, el brote del coco servía de asa. Pero las más de las veces se partía y nos derramaba la apestosa leche de coco por encima.

Hacíamos chistes sarcásticos y absurdos sobre el trabajo crucial, esencial y confidencial que estábamos llevando a cabo por el esfuerzo bélico y sobre la profundidad y la sabiduría de las órdenes que recibíamos. En resumen, nos estábamos volviendo «asiáticos», un término del cuerpo de marines que denotaba una extraña clase de comportamiento excéntrico característico de los hombres que habían servido demasiado tiempo en el Extremo Oriente. Yo me había quejado mucho por la comida y las condiciones generales de Pavuvu durante mi primera semana allí; uno de los veteranos de nuestra compañía, que más tarde se convirtió en un buen amigo, me dijo de un modo comedido aunque con

* USO, United Services Organizations. Era una organización privada sin ánimo de lucro que organizaba actividades de ocio y recreativas para el ejército norteamericano. (*N. del e.*)

total naturalidad que, hasta que no hubiera estado en combate, no había nada por lo que protestar. Me advirtió que las cosas podían ser mucho peores y me aconsejó que me callara y dejara de lloriquear. Me hizo avergonzarme de lo lindo. Pero durante las primeras semanas que pasamos en Pavuvu el hedor de los cocos podridos impregnaba el aire. Incluso podíamos notarlo en el agua potable. El olor a coco fresco todavía sigue repugnándome hoy en día.

Las alimañas más odiosas de Pavuvu eran los cangrejos de tierra. Sus cuerpos de color azul oscuro eran aproximadamente del tamaño de la palma de la mano y tenían las patas cubiertas de cerdas y púas. Aquellas feas criaturas se ocultaban de día y deambulaban por la noche. Cada mañana antes de ponerse las botas, todos los hombres de la 1.^a División de marines sacudían su calzado para sacar a los cangrejos de tierra. Muchas mañanas yo encontraba uno en cada bota y a veces dos. Periódicamente llegábamos a tal extremo de furia con los asquerosos bichos que los hacíamos salir de debajo de cajas, patates y catres. Los matábamos con palos, bayonetas y herramientas de cavar trincheras. Cuando terminábamos, teníamos que recogerlos con palas y enterrarlos o un hedor nauseabundo surgía al poco en medio del aire caliente y húmedo.

Cada batallón contaba con su propia cocina, pero la comida en Pavuvu constaba fundamentalmente de raciones C calentadas: huevos deshidratados, patatas deshidratadas y aquella repugnante carne enlatada llamada Spam. La limonada sintética, denominada «ácido de batería», que quedaba después de comer se vertía en el suelo de bloques de hormigón de la cocina para limpiarlo y blanquearlo. Hacía un buen trabajo. Para que las raciones C calientes no se nos hicieran tediosas semana tras semana, pasamos un período de unos cuatro días en el que nos sirvieron gachas de avena mañana, tarde y noche. Se rumoreaba que habían hundido el barco que transportaba nuestros suministros. Fuera cual fuese la causa, lo único que ayudaba a aliviar la monótona comida eran las golosinas que venían en los paquetes que llegaban de casa. El pan que elaboraban nuestros panaderos pesaba tanto que cuando sostenías una rebanada por un extremo el resto se desprendía por su propio peso. La harina estaba infestada de gorgojos hasta tal

punto que había más bichitos en cada rodaja que semillas en una rebanada de pan de centeno. Sin embargo, nos habituamos tanto a este tipo de cosas que nos comíamos el pan de todas formas. Los bromistas decían:

«Viene bien. Los bichos le aportan más carne a tu dieta».

Al principio no contábamos con baños. Afeitarse cada mañana con un casco lleno de agua era bastante fácil, pero darse un baño era otra cuestión. Cada tarde, cuando comenzaba el consabido aguacero tropical, nos desnudábamos y nos lanzábamos a la calle de la compañía, jabón en mano. El secreto estaba en enjabonarse, restregarse y enjuagarse antes de que cesara la lluvia. El tiempo era tan variable que resultaba imposible calcular la duración de un chaparrón. Cada aguacero terminaba de forma tan repentina como había comenzado y siempre dejaba al menos a uno o más marines completamente enjabonados y soltando maldiciones, sin agua para enjuagarse.

Las colas para visitar la enfermería cada mañana supusieron otro espectáculo singular los primeros días que pasamos en Pavuvu. Los veteranos de Gloucester se encontraban en muy malas condiciones físicas tras la campaña más húmeda de la segunda guerra mundial. Los hombres habían estado empapados durante semanas enteras. Cuando me uní a la compañía, su estado me horrorizó: la mayoría estaban delgados, algunos escuálidos y tenían hongos de la jungla en las axilas y en tobillos y muñecas. Durante la visita a la enfermería formaban parejas con una botella de agua de genciana y bastoncillos de algodón, se plantaban desnudos en el palmeral y se pintaban las llagas mutuamente. Eran tantos los que necesitaban atención que tenían que tratarse unos a otros bajo la supervisión de un médico. Algunos tenían que cortarse las botas para convertirlas en sandalias porque tenían los pies tan infectados de hongos que apenas podían caminar. Huelga decir que el clima caluroso y húmedo de Pavuvu prolongaba el proceso de curación.

—Creo que el cuerpo de marines ha olvidado dónde está Pavuvu —dijo un hombre.

—Yo creo que Dios ha olvidado dónde está Pavuvu —fue la respuesta.

—Dios no podría olvidarlo porque Él lo creó todo.

—En ese caso, apuesto que desearía olvidar que creó Pavuvu.

Este diálogo es una muestra de la sensación de aislamiento y desolación que sentíamos en Pavuvu. En las bases de las grandes islas, los hombres tenían la sensación de que sus unidades hacían algo y de que estaban en contacto a través del tráfico aéreo y marítimo con otras bases y con Estados Unidos. En Pavuvu nos sentíamos como si estuviéramos a un millón de kilómetros no sólo de casa, sino de cualquier otro lugar civilizado.

Creo que nos tomamos todas las incomodidades y frustraciones de Pavuvu con calma por dos razones. En primer lugar, la división era una unidad de combate de élite. La disciplina era férrea. Nuestro espíritu de equipo era muy intenso. Cada hombre sabía lo que tenía que hacer y qué se esperaba de él. Todos cumplían bien con su deber, incluso mientras refunfuñaban.

Los suboficiales respondían a nuestras quejas con: «Denle a la lengua. Es saludable». O con: «¿De qué se quejan? Se alistaron como voluntarios en el cuerpo de marines, ¿no? Sólo están recibiendo lo que se buscaron.»

Por muy irritantes o incómodas que fueran las cosas en Pavuvu, siempre podría ser peor. Después de todo, no había japoneses, ni estallidos de obuses, ni balas que pasaran silbando a toda velocidad. Y dormíamos en catres.

En segundo lugar, la estructura de la división era joven: alrededor del 80 por ciento tenía edades comprendidas entre los dieciocho y los veinticinco años, aproximadamente la mitad tenían menos de veintiún años cuando partieron al extranjero. Los jóvenes bien disciplinados pueden soportar mucho aun cuando no les guste, y nosotros éramos un grupo de briosos muchachos orgullosos de nuestra unidad.

Sin embargo, también contábamos con otro factor motivador: un odio mortal hacia los japoneses ardía en todos los marines que conocía. La suerte de la patrulla de Goettge era la clase de cosas que generaba ese odio.⁴ Un día, mientras amontonába-

4. Durante la primera semana de la campaña de Guadalcanal, los marines capturaron a un soldado japonés que aseguraba que algunos de sus hambrientos compañeros al oeste del río Matanikau se rendirían si los marines los «liberaban». Con veinticinco hombres escogidos (exploradores, especialistas en in-

mos cocos apestosos, pasó un veterano y saludó a un par de nuestros «viejos». Uno de nuestro grupo nos preguntó si sabíamos quién era.

—No, no lo había visto nunca —respondió alguien.

—Es uno de los tres tipos que escaparon cuando aniquilaron a la patrulla de Goettge en Guadalcanal. Tuvo una suerte de mil demonios.

—¿Por qué los japoneses le tendieron una emboscada a la patrulla? —pregunté ingenuamente.

Un veterano me miró con incredulidad y sentenció despacio y enérgicamente:

—Porque son los hijos de puta más despreciables que han pisado la faz de la tierra.

El incidente de la patrulla de Goettge, sumado a tácticas niponas como hacerse el muerto y luego lanzar una granada, o hacerse el herido, llamando a un sanitario, y después acuchillar al médico cuando viniera, más el ataque sorpresa contra Pearl Harbor, motivaron que los marines odiaran a los japoneses profundamente y que se mostraran reacios a hacer prisioneros.

A menudo, la actitud que los no combatientes o incluso los miembros de la armada y la fuerza aérea mantenían hacia los japoneses no reflejaba el profundo resentimiento personal que sentían los soldados de infantería de marina. Los relatos y memorias oficiales de soldados de la infantería de marina escritos después de la guerra rara vez plasman ese odio. No obstante, en el momento de la batalla, los marines lo sentían profunda e implacablemente, y con tanta certeza como el propio peligro. Negar este rencor o restarle importancia sería una mentira tan grande como negar o restarle importancia al espíritu de equipo o al profundo patriotismo que sentían los marines con los que serví en el Pacífico.

teligencia, un cirujano y un lingüista) del cuartel general de la división y del 5.º de marines, el coronel Frank Goettge —el oficial de inteligencia de la división— partió en una misión de carácter más humanitario que militar. Los japoneses tendieron una emboscada a la patrulla mientras bajaba de la nave de desembarco en medio de la oscuridad. Sólo se salvaron tres marines.



Pavuvu. Bob Hope y los oficiales de la 1.^a División de marines durante su espectáculo antes de Peleliu.

Mis experiencias en Peleliu y Okinawa me hicieron pensar que los japoneses sentían lo mismo por nosotros. Fueron un enemigo fanático; es decir, creían en su causa con una intensidad que muchos estadounidenses —y puede que muchos japoneses, también— de posguerra no llegaron a comprender.

Esta actitud compartida, de los marines y los japoneses, se tradujo en enfrentamientos salvajes y violentos sin ningún tipo de restricciones. No se trató de la desapasionada matanza que se había visto en otros frentes y en otras guerras. Fue una animadversión brutal y primitiva, tan característica del horror de la guerra en el Pacífico como las palmeras y las islas. Para comprender lo que las tropas soportaron allí, se debe tener muy en cuenta este aspecto de la naturaleza de la guerra de los marines.

Es probable que el mayor estímulo para nuestra moral en la época de Pavuvu fuera el anuncio de que Bob Hope vendría desde Banika y montaría un espectáculo para nosotros. La mayor parte de los hombres de la división abarrotaron una gran zona abierta y gritaron entusiasmados mientras un Piper Club trazaba círculos por encima de nuestras cabezas. El piloto apagó

el motor un momento mientras Jerry Colonna asomaba la cabeza fuera del avión y soltaba su famoso grito:

—Yehuuuudi.

Aplaudimos como locos.

Bob Hope, Colonna, Frances Langford y Patti Thomas montaron un espectáculo en un pequeño escenario junto al embarcadero. Bob le preguntó a Jerry qué le había parecido el viaje desde Banika y Jerry contestó que había sido muy duro. Cuando Bob quiso saber por qué, respondió:

—No había nieve.

Nos pareció lo más gracioso que habíamos oído nunca. Patti les ofreció clases de baile a varios muchachos del público en medio de muchas sonrisas, ovaciones y aplausos. Bob contó muchos chistes y nos levantó el ánimo de verdad. Fue el mejor entretenimiento que vi en el extranjero.⁵

El espectáculo de Bob Hope continuó siendo el principal tema de conversación mientras nos poníamos a entrenar en serio para la próxima campaña. Pavuvu era tan pequeña que la mayor parte de nuestros ejercicios lo hacíamos en grupos del tamaño de una compañía en vez de un batallón o un regimiento. Aun así, a menudo nos interponíamos en el camino de otras unidades que hacían sus ejercicios de entrenamiento. Resultaba divertido ver a una compañía avanzar en formación de combate a través de los palmerales y entremezclarse con las rígidas filas de otra compañía que llevaba a cabo una inspección de armas mientras los oficiales gritaban órdenes para poner orden.

Realizamos numerosos ejercicios de desembarco varias veces a la semana en las playas y ensenadas que rodeaban la isla, lejos del campamento. Normalmente practicábamos con carros anfibia. El modelo más moderno contaba con una puerta trasera

5. Volví a encontrarme con Bob Hope la pasada primavera, cuando participé en un torneo de golf benéfico en Birmingham, Alabama. Antes le había enviado ejemplares de la *Marine Corps Gazette* (noviembre y diciembre de 1979 y enero de 1980), donde se relataban partes de este libro. Le había entusiasmado la narración y recordaba bien a los jóvenes marines de la 1.ª División de marines de Pavuvu. A pesar de los gritos del público en un ajetreado día en Birmingham, este hombre tan amable se tomó el tiempo de recordar conmigo «la vieja guardia».

que se bajaba en cuanto el vehículo llegaba a la playa, lo que nos permitía salir corriendo y desplegarlos.

«Salgan rápido de la playa. Salgan de la maldita playa lo más rápido que puedan y vayan tierra adentro. Los japos van a barrerla con todo lo que tengan, así que tendrán más posibilidades cuanto antes vayan tierra adentro», gritaban nuestros oficiales y suboficiales.

Oíamos esto una y otra vez día tras día. Durante cada ejercicio de desembarco, salíamos como podíamos de los carros, nos adentrábamos tierra adentro unos veinticinco metros y luego esperábamos órdenes para desplegarlos y avanzar.

La primera oleada de carros desembarcaba pelotones de fusileros. La segunda, más fusileros, servidores de ametralladoras y lanzagranadas, lanzallamas y pelotones de morteros de 60 mm. Lo normal era que la segunda oleada fuera rezagada unos veinticinco metros por detrás de la primera mientras las máquinas se abrían paso agitando el agua hacia la playa. En cuanto la primera oleada desembarcaba, sus carros anfibios retrocedían, daban la vuelta y pasaban a nuestro lado, hacia mar abierto, para recoger a las oleadas secundarias de infantería de las embarcaciones Higgins, que trazaban círculos a cierta distancia de la costa. Todo funcionó bien en Pavuvu. Pero allí no había japoneses.

Además de los ejercicios de desembarco y los problemas de campo, también recibimos instrucción y prácticas de actualización en el uso de todas las armas ligeras asignadas a la compañía: fusil M1, rifle automático, carabina, revólver del calibre 45 y metralleta Thompson. También aprendimos a manejar un lanzallamas.

Usábamos un tocón de palmera como blanco durante la instrucción con el lanzallamas. Cuando me tocó a mí, me puse a la espalda los pesados depósitos, sostuve la boca con ambas manos, apunté hacia el tocón que se encontraba a unos veinticinco metros y apreté el gatillo. Un chorro de llamas rojas salió con un rugido y la boca se sacudió. El napalm golpeó el tocón y su chorro de llamas rugió. Sentí el calor en la cara. Una nube de humo negro se alzó rápidamente. Pensar en desatar el fuego del infierno por la boca de un tubo con la misma facilidad con la que regaría el césped en casa me hizo pensar. Dispararle balas al enemigo o matarlo con metralla era una de las macabras necesidades de la

guerra, pero freírlo hasta morir resultaba demasiado truculento. No obstante, pronto iba a aprender que no se podía hacer salir a los japoneses de sus defensas isleñas sin él.

Aproximadamente en ese momento empecé a sentir un reconocimiento más profundo por la influencia de la «vieja guardia» en nosotros, los marines más nuevos. El sargento de artillería Haney⁶ proporcionaba un vívido ejemplo de su impacto.

Yo había visto a Haney por la zona de la compañía, pero me fijé en él por primera vez un día en la ducha por el modo en el que se lavaba. Aproximadamente una docena de reemplazos desnudos y enjabonados, incluyéndome a mí, nos quedamos mirando boquiabiertos y nos estremecimos cuando Haney se cogió los genitales con la mano izquierda mientras se los restregaba con un cepillo G1 como si le sacara brillo a un zapato. Teniendo en cuenta que el cepillo G1 tenía cerdas duras, fuertes y de doble fibra incrustadas en un resistente mango de madera y que estaba diseñado para limpiar el equipo individual de lona, vaqueros e incluso suelos, el método de Haney resultaba impresionante.

La primera vez que le vi ejercer su autoridad fue un día en un campo de tiro donde él estaba a cargo de la seguridad. Un alférez nuevo, un reemplazo como yo, estaba disparando desde la posición que yo iba a ocupar. Cuando disparó la última bala, otro oficial nuevo que se encontraba detrás de mí lo llamó. El alférez se

6. El sargento de artillería Elmo M. Haney sirvió con la Compañía K del 3.º Batallón del 5.º de marines en Francia durante la primera guerra mundial. En el período entre las dos guerras mundiales, dio clases en un colegio de Arkansas durante unos cuatro años y luego se reincorporó al cuerpo de marines, donde lo asignaron a su antigua unidad. Luchó en Guadalcanal y en Cabo Gloucester con la Compañía K. En el segundo combate ganó una Estrella de Plata al heroísmo cuando «se ocupó de unos japos él sólo con un par de granadas de mano», como describió la escena un marine.

Haney tenía más de cincuenta años cuando la 1.ª División de marines atacó Peleliu. Aunque por rango era sargento de artillería, no ocupaba un puesto oficial en la cadena de mando de la Compañía K. En el campo de batalla parecía estar en todas partes a la vez, corrigiendo errores y echando una mano. Se retiró de las primeras líneas durante el segundo día de Peleliu, admitiendo con tristeza que ya no podía aguantar más el calor ni el combate.

giró para responder con el revólver en la mano. Haney estaba sentado a mi lado en un banco hecho con el troncho de un cocotero y no había pronunciado ni una palabra salvo las habituales órdenes de un campo de tiro. Cuando el alférez apartó la boca del revólver del blanco, Haney reaccionó como un gato que saltara sobre su presa. Cogió un puñado de gravilla de coral y se la lanzó al alférez directamente a la cara. Amenazó con el puño al perplejo oficial y le echó el peor rapapolvo que he oído nunca. Todos los que se encontraban en la línea de tiro se quedaron inmóviles, tanto los oficiales como los soldados rasos. El oficial infractor, con sus bandas doradas refulgiendo en el cuello, vació su arma, la enfundó y se marchó mientras se frotaba los ojos y enrojecía de vergüenza. Haney regresó a su asiento como si no hubiera pasado nada. A lo largo de la línea de tiro, volvimos a ponernos en movimiento. A partir de entonces tomamos mucha más conciencia de las medidas de seguridad.

Haney era más o menos de mi estatura, pesaba unos 60 kilos, tenía el cabello rubio rojizo cortado al cepillo y estaba muy bronceado. Era delgado, fuerte y musculoso. Aunque no era ancho de espaldas ni estaba bien proporcionado, su torso me recordaba a un boceto de anatomía de Miguel Ángel: cada músculo se destacaba con absoluta nitidez. Tenía el pecho algo fornido con músculos amontonados en la parte de atrás de los hombros, de modo que casi tenía una joroba. Ni sus brazos ni sus piernas eran grandes, pero los músculos de los mismos me hacían pensar en bandas de acero. Tenía un rostro de rasgos pequeños con ojos entrecebrados que parecía estar cubierto por un cuero muy curtido.

Haney era el único hombre que conocí en la unidad que no parecía tener amigos. No se trataba de un solitario en el sentido de que fuera hosco o antipático. Sencillamente vivía en su propio mundo. A menudo me daba la impresión de que ni siquiera veía lo que lo rodeaba; lo único de lo que parecía ser consciente era su fusil, su bayoneta y sus polainas. Estaba completamente obsesionado con la idea de clavarle la bayoneta al enemigo.

Todos limpiábamos nuestras armas a diario, pero Haney limpiaba su M1 antes de que pasaran lista, en el almuerzo y después de la autorización para retirarnos por la tarde. Era un ritual. Se sentaba solo, encendía un cigarrillo, desmontaba el fusil y limpiaba cada

centímetro minuciosamente. Luego limpiaba la bayoneta. Todo el rato hablaba solo en voz baja, sonreía con frecuencia y le daba caladas al cigarrillo hasta dejarlo en una colilla. Cuando tenía el fusil limpio lo volvía a montar, calaba la bayoneta y dedicaba unos minutos a realizar movimientos de estocada, parada y golpes con la culata, contra la nada. Después Haney encendía otro cigarrillo y se sentaba tranquilamente, hablando solo y sonriendo mientras esperaba órdenes. Llevaba a cabo estas acciones como si no fuera consciente para nada de la presencia de los otros 235 hombres de la compañía. Era como Robinson Crusoe en su isla.

Decir que estaba «asiático» sería no comprender nada. Haney trascendía esa condición. La compañía contaba con muchos individualistas inquebrantables, excéntricos, veteranos que estaban «asiáticos»; pero Haney estaba en una categoría propia. Me parecía que no se trataba de un hombre nacido de mujer, sino que Dios se lo había entregado al cuerpo de marines.

A pesar de sus peculiaridades, Haney nos servía de estímulo a los jóvenes de la Compañía K. Nos proporcionaba un vínculo directo con el «viejo cuerpo». Lo admirábamos... y lo queríamos.

Y luego estaba el oficial al mando de la Compañía K, el capitán Ack Ack Haldane.⁷ Una tarde, a última hora, cuando nos

7. El capitán Andrew Allison Haldane, USMC de la reserva, nació el 22 de agosto de 1917 en Lawrence, Massachusetts. Se graduó en el Bowdoin College de Brunswick, Maine, en 1941.

El capitán Haldane sirvió con la 1.^a División de marines en Guadalcanal y fue el oficial al mando de la Compañía K en Cape Gloucester, donde ganó la Estrella de Plata. Durante una batalla de cinco días, él y sus marines rechazaron cinco cargas de bayoneta japonesas en menos de una hora en medio de la oscuridad previa al amanecer. Comandó a la Compañía K durante la mayor parte del combate por Peleliu. El 12 de octubre de 1944, tres días antes de que los marines se retiraran del frente, murió en combate. Fue la mayor pérdida que los marines de la Compañía K, y del resto de la división que lo conocían, lamentaron la pérdida durante toda la guerra.

El Bowdoin College honra anualmente la memoria del capitán Haldane entregándole la Copa Haldane al graduado que ha mostrado cualidades excepcionales de liderazgo y carácter. La copa fue un obsequio de parte de los oficiales que habían servido con el capitán Haldane en el Pacífico. Entre ellos se encontraba el difunto senador por Illinois, Paul Douglas, que también formó parte del 5.º de marines en Peleliu y Okinawa.

marchábamos del polígono de tiro, empezó a llover con fuerza. Mientras recorríamos las calles cubiertas de barro de Pavuvu, resbalándonos bajo el aguacero, comenzamos a pensar que quienquiera que guiara la columna se había equivocado al girar y que nos habíamos perdido. Al anochecer, en medio de la fuerte lluvia, todas las calles se parecían: todas eran un sendero inundado recorrido por surcos profundos y bordeado de altísimas palmeras que serpenteaba sin rumbo a través de la penumbra. Mientras seguía avanzando penosamente sintiéndome helado y desamparado e intentando mantener el equilibrio en el barro, un hombretón se acercó a grandes zancadas desde la retaguardia de la columna. Caminaba con la facilidad de un peatón en la acera de una ciudad. Cuando el hombre se puso a mi lado, me miró y comentó:

—Hace un tiempo buenísimo, ¿verdad, hijo?

Le sonreí a Haldane y repuse:

—No del todo, señor.

Se dio cuenta de que era un reemplazo y me preguntó qué me parecía la compañía. Le dije que pensaba que era una unidad magnífica.

—Es del Sur, ¿no? —inquirió.

Le contesté que era de Alabama. Quiso saberlo todo de mi familia, mi casa y mi educación. Mientras hablábamos fue como si la melancolía desapareciera y sentí una calidez en mi interior. Por último me aseguró que no llovería eternamente y que podríamos secarnos pronto. Avanzó por la columna hablando con otros hombres como lo había hecho conmigo. Su sincero interés en cada uno de nosotros como seres humanos ayudó a disipar la sensación que no éramos más que animales entrenándose para pelear.

Aclamado tanto por superiores como por subordinados debido a sus aptitudes de liderazgo, el capitán Haldane fue el mejor oficial y el más popular que he conocido. Todos los marines de la Compañía K compartían mi opinión. Apodado El Jefe, tenía un rostro fuerte lleno de carácter, una mandíbula grande y prominente y los ojos más amables que he visto. Por muy a menudo que se afeitara o por más que se esforzara, siempre se le notaba la barba. Era tan grande que la mochila de combate que llevaba a la espalda me recordaba al bulto de su cartera, mientras que la mía me cubría del cuello a la cintura.



Capitán Andrew A. Haldane. Fotografía del teniente coronel John A. Crown.

Aunque hacía hincapié en una disciplina estricta, el capitán era un hombre tranquilo que daba órdenes sin gritar. Poseía una combinación poco común de inteligencia, valor, confianza en sí mismo y compasión que nos infundía respeto y admiración. Le dábamos gracias a Dios por que Ack Ack fuera nuestro jefe, nos hacía sentir más seguros y compadecíamos a las otras compañías que no tenían tanta suerte. En tanto que en Pavuvu algunos oficiales consideraban necesario pavonearse y andar dándonos órdenes para impresionarnos con su estatus, Haldane nos indicaba tranquilamente lo que hacer. Lo queríamos por ello y hacíamos el trabajo lo mejor que sabíamos.

Nuestro nivel de adiestramiento aumentó en agosto y también lo hizo la intensidad de la disciplina innecesaria. Pasamos por un número cada vez mayor de inspecciones de armas y equipos, destacamentos de trabajo y se exigía la mayor limpieza por todo el campamento hasta en detalles nimios. El sistema de hostigamiento, unido a las constantes incomodidades y a las duras condiciones de vida de Pavuvu, nos llevó a un estado de profunda exasperación e indignación antes de embarcarnos para Peliu.

—Solía creer que el teniente era un buen tipo, pero estoy por pensar que no es más que un gilipollas —rezongó un marine.

—Bien dicho, amigo —añadió otro.

—Vaya, no es el único que se ha vuelto loco insistiendo en que todo tiene que estar perfecto, y luego nos regaña si no lo está. El sargento de artillería está de un humor de perros y ya nada lo contenta —respondió otro más.

—No dejéis que eso os deprima, chicos. Es parte del plan del cuerpo de marines para mantener a las tropas en forma para el combate —apuntó con calma un filósofo veterano de antes de la guerra.

—¿De qué diablos estás hablando? —soltó irritado uno de los que estaban escuchando.

—Bueno, las cosas son así —explicó el filósofo—. Si nos cabrean lo suficiente, se figuran que nos desquitaremos con los japos cuando lleguemos a la playa. Lo vi antes de Guadalcanal y Gloucester. No les hacen estas cosas a los chicos de retaguardia. Nos quieren malvados, cabreados y exasperados. Es la pura verdad, os lo aseguro. Lo he visto pasar siempre antes de que entremos en una campaña.

—Suená lógico. Puede que tengas razón. Pero ¿qué es malicioso? —dijo alguien.

—Olvidalo, bobo —gruñó el filósofo.

—Sea verdad o no, estoy más que cansado de Pavuvu —comenté.

—Ése es el plan, Mazo. Hacen que te hartes de Pavuvu, o de donde rayos estés, y que desees ir a cualquier otro sitio incluso si los japos te están esperando allí —aseguró el filósofo.

Nos quedamos en silencio, pensando en eso, y al final llega-

mos a la conclusión de que estaba en lo cierto. Muchos de los hombres más reflexivos que conocía eran del mismo parecer.

Yo me quejé con tanta fuerza como el que más de nuestras condiciones de vida y nuestra disciplina. Sin embargo, en retrospectiva, dudo mucho que pudiera haber sobrellevado la tensión y el impacto físico y psicológico que vivimos en Peleliu y Okinawa de no haber sido así. Los japoneses luchaban para ganar. Fue un asunto salvaje, brutal, inhumano, agotador y sucio. Nuestros jefes sabían que si íbamos a ganar y a sobrevivir, debían adiestrarnos de modo realista para ello, nos gustara o no.⁸

8. En los años de posguerra, el cuerpo de marines fue objeto de muchas críticas inmerecidas, en mi opinión, por parte de personas bienintencionadas que no comprendían la magnitud de la tensión y el horror que puede suponer el combate. El cañón estriado, la ametralladora y los proyectiles de gran potencia han convertido la guerra en una masacre prolongada e inhumana. Se debe adiestrar a los hombres de manera realista si han de sobrevivir a ella sin quebrantarse mental y físicamente.